

Alcohol y Literatura

Javier Barreiro



Colección *Cristal de cuarzo*
dirigida por Fernando Valls

© Javier Barreiro, 2017

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S.L.], 2017

Imagen de portada: “Miciano” para el libro titulado *Misérias del alcoholismo* (1931)
del prof. A. Valeta

ISBN: 978-84-15740-50-6

Dep. Legal: P-224/2017

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

- 11 Introito

- 19 Los orígenes
- 41 El alcohol y la creación literaria
- 55 Los contemporáneos
- 71 La bohemia española
- 87 De la posguerra al desencanto
- 109 Hispanoamérica
- 131 Los norteamericanos
- 165 La novela negra y el cine
- 173 La vieja Europa
- 193 Británicos
- 213 La taberna
- 233 Algunas curiosidades

- 253 Bibliografía
- 261 Bibliografía secundaria
- 265 Índice onomástico

“Beber no solo es digno de hacerse,
también es digno de que se piense sobre ello.”

ANTHONY BURGESS

INTROITO

El noruego Knut Hamsun, Premio Nobel en 1920, decidió finalmente asistir a la ceremonia de su entrega pese a que Per Hallström, uno de los jurados, había manifestado: “Ha estado ejerciendo una anárquica influencia durante casi toda su vida y probablemente ni siquiera considere legítima la postura idealista que el Premio Nobel pretende fomentar”. Eso sí, Hamsun se presentó absolutamente borracho. Entre otras patochadas, se acercó a la también miembro de la Academia y Premio Nobel en 1908, Selma Lagerlöf¹, y, tras golpear su corsé, eructó: “Lo sabía, suena igual que una campana”. Después tiró de las patillas a otro de los jurados, trató de compensar con el dinero del premio a dos miembros más que le habían votado y, al no aceptar estos, se lo ofreció a un camarero de su hotel. Tampoco se atrevió a quedárselo el empleado y Knut dejó el dinero y el diploma en el ascensor. Pese a su muy ajetreada vida, llegó a los noventa y dos años, aunque recluido en un asilo de enfermos mentales².

¹ De ella había dicho otro de los jurados: “Escribe como una imbécil pero vota con inteligencia”.

² En 1949 apareció su diario escrito durante su reclusión, *Por senderos que la maleza oculta*, Madrid, Nórdica, 2012.

Los escandinavos llevan fama de adictos al trago, pero no están solos. Según el doctor Goodwin³, el setenta por ciento de los escritores norteamericanos premiados con el Nobel tuvieron problemas con el alcohol o lo utilizaron como fuente de inspiración. Es decir, cinco de siete: Sinclair Lewis, que en 1926 había rechazado el Premio Pulitzer, obtuvo el primero de los Nobel otorgados a un norteamericano en 1930. El resto de los bebedores eran: Eugene O'Neill, premiado en 1936, William Faulkner (1949), Ernest Hemingway (1954) y John Steinbeck (1962). No se entienden bien las cuentas de Goodwin o debió de escribir su artículo antes de 1976, año en que se entregó el premio a Saul Bellow. Después lo recibirían Isaac Bashevis Singer (1978), la afroamericana Toni Morrison (1993) y el también poco sospechoso de abstinencia, Bob Dylan (2016). Pero es que, de los dos a quienes Goodwin no considera vinculados con el alcohol, Pearl S. Buck (1938) y Thomas Stearns Eliot (1948), la primera, tan cursi y moralista, en algún periodo de su vida las cogía que era un primor. Aunque a menudo se le considera británico, el muy circunspecto Thomas Stearn Eliot, contrafigura de un Hemingway, cultivador y exhibicionista de la desmesura, era también americano de nacimiento.

Pero Estados Unidos contaba ya con el escritor al que suele considerarse como emblema de esta propensión, Edgar Allan Poe, que recibió el alcoholismo como herencia genética y, con su conducta, hizo honor a ella hasta su muerte, sobrevivida tras un episodio de *delirium tremens*.

El rudo escritor noruego y los cinco americanos no eran ninguna rareza en su profesión. Más de dos mil años antes el

³ D. W. Goodwin, "Alcohol as Muse", *American Journal Psychotherapy*, vol. 46, n.º 3, 1992, pp. 422-438.

filósofo Crisipo de Soli murió bebiendo vino aunque otros testimonios hablen de que murió de risa. En alguno de sus setecientos cinco libros había recomendado el incesto –que practicaba con su madre– y la antropofagia. Diógenes Laercio nos cuenta que el tal Crisipo consideraba el beber vino como una de las pocas actividades específicamente humanas. No le faltaban buenos maestros: Sócrates era apreciado por sus contemporáneos como un gran bebedor y esa cualidad de aguante para las libaciones constituía una de las principales razones para obtener el respeto de sus discípulos. Lucas Gracián Dantisco, en una obra hoy olvidada pero con multitud de ediciones en anteriores centurias, escribía acerca del maestro de Platón:

... Sócrates del cual cuentan que le duró la noche el brindarse a porfía con otro gran bebedor llamado Aristófanes, y la mañana siguiente hizo una linda medida de geometría sin errar un punto. Adonde mostró que el vino no le hubiese hecho estorbo, y esto por la continuación que tenía de haberse muchas veces arriscado a beber a porfía, y aunque muchos mostraban su valor en el beber mucho y sobre apuestas sin perder el sentido, la victoria que han ganado es tal que lo debemos tener por vicio pestilencial, y pecado muy torpe.

Galateo español (Cap. XV: Del brindarse)

Siglos después, el psiquiatra francés Louis-Françisque Lélut catalogaba a Sócrates como una personalidad delirante y alucinada.

Los griegos se acostumbraban a beber desde pequeños por lo que luego soportaban mejor los efectos etílicos y esto era

motivo de prestigio; tal vez heredáramos de ellos esa “mitología del aguante”, hasta hace poco tan del gusto de nuestros pueblos y hoy en claro retroceso aunque, con otros parámetros, haya pasado a las culturas urbanas.

Anacarsis Escita reflexionó abundantemente sobre las costumbres etílicas de los griegos y no dejaba de admirarse de que al principio de la comida se bebiese en vasos pequeños que, después, iban siendo sustituidos por los grandes.

Adicto fue también un tipo peligroso, Periandro, que, preso de la ira e incitado por sus concubinas, mató a patadas a su mujer embarazada. Después, quemó vivas a aquellas. Injusticia distributiva de la que alardea en una carta a su suegro, Procleo:

El fracaso de mi mujer aconteció contra mi voluntad; pero tú serás injusto si exacerbás el ánimo de mi hijo contra mí. Si no calmas la fiereza de mi hijo para conmigo, me vengaré de ti; yo ya vengué la muerte de tu hija abrasando vivas a mis concubinas y quemando junto a su sepulcro los adornos de todas las matronas corintias.

Otro sabio, Timón, muy dado a la bebida, según Antígono, llegó a cumplir los noventa años, edad muy inusual en la época. Los griegos se preparaban con previsión —y en esto les siguieron los romanos— para los excesos colocándose, entre otras cosas, una corona de perejil. Pensaban que esta planta absorbía los vapores etílicos.

Li Po, considerado como el más grande poeta chino y uno de los sabios más indiscutibles de la humanidad, a pesar de su iniciación en el taoísmo, fue un gran bebedor y murió a resultas de una borrachera.

Entre los escribientes latrolítricos, los ejemplos, las facecias y las demasías son innumerables y este libro dará buena cuenta de ello. Antes de que me pongan el grito en el cielo, advierto ya que aparecen menos orientales que occidentales y menos mujeres que hombres. Es cierto que, según algunos, los chinos inventaron la destilación, que otros atribuyen a los árabes; es, asimismo, cierto que ellas cogen unas pítimas que da susto pero lamento comunicar que también es aproximadamente cierto que hembras y orientales tienen menos eficiencia en una de las enzimas –conocida técnicamente como ADH– que ayudan a procesar el alcohol en el hígado (v. pág. 239), con lo que habitualmente las cogen antes y no pueden competir con igualdad en este terreno, aunque no falten escritoras borrachas que ocuparán su sitio con todos los honores.

En cada localidad europea, desde las minúsculas aldeas hasta las grandes urbes, la bebida, la exaltación de la embriaguez, las historias cómicas de borrachos, la vinculación de fiesta, alegría y vino han formado parte de la vida cotidiana, de la tradición, de la forma de vida de la gente. A los evidentes aspectos siniestros del alcoholismo⁴ se opone toda la cultura de la diversión, la transgresión, la juerga, las canciones báquicas, el carnaval... Las admoniciones contra el alcohol no han conseguido nunca desterrarlo. La borrachera es uno de los pocos ritos de iniciación juvenil que se conservan y hoy –para bien y/o para mal– las culturas occidentales han incluido también al sexo femenino.

⁴ “Como recuerda Thomas Brennan, el término de ‘Alcoholismo’ había sido ya acuñado en el siglo XVIII encubriendo de cientifismo la condena de la taberna por las clases dirigentes, al tiempo que explicando ‘científicamente’ la depauperación del proletariado, a partir de su negligencia, indisciplina e imprevisión.” Uría (2003:596n)

Beber es placentero pero puede perjudicar y llevar a cometer actos inqueridos y violentos. Ilumina y embrutece. Hace más humano y más salvaje. Como tantas cosas, es pura contradicción: sienta bien y mal, alegre y entristece, proporciona tono y lo apaga, estimula la creación y es capaz de abolirla para siempre. Evidentemente, la solución no está en los anuncios: beber con moderación, recomiendan, cosa solo al alcance del tibio de corazón. De momento, nos conformaremos con seguir el bienintencionado “Si bebes, no conduzcas” y, por nuestra parte, recomendaremos al abstemio que beba algo y al excesivo, que dé al garguero unas semanas de vacaciones. Y, en cuanto al repaso de borrachines, espero que nuestro dedo no tome nunca caracteres acusadores ni tampoco exculpatorios. El adagio “Cada uno sabe lo suyo” siempre me pareció irreprochable.

Fuera de la traviesa juventud y de escasos círculos de resistentes, hay que reconocer que emborracharse no está de moda y cada vez asoman más las caras censorias y las voces amenazadoras en televisiones y programas educativos. Ya Machado catalogó a los “borrachos de sombra negra” en un poema ejemplar que podría servir como modelo de “lo que debe ser y lo que no debe ser”. La línea entre la borrachera jocosa y la agresiva es cierto que no está demasiado clara y que hasta un borrachín típico puede pasar por las dos, según el día que tenga. Pero, en general, suele depender de la persona. “Ese tiene mal vino”, solía decirse. Cuando, para bien y para mal, la sociabilidad del español estaba más a flor de piel, el borracho era una incidencia más de la vida cotidiana y todas sus peripecias eran vistas como algo jocoso y digno de contarse. Antes, un borracho daba, sobre todo, risa y es recurso cómico empleado habitualmente por el género chico, por el cine,

antes de convertirse en una cosa más bien truculenta y ruidosa, y por los tebeos. Hoy, ser tildado de borracho no gusta ni a quienes les gusta emborracharse. Hace unos años leí cómo el presidente Maragall había demandado a la revista *Vanidad* por un artículo titulado “10 borrachos”, que, además del mentado, incluía a Hemingway, Bukowski, Ernesto de Hannover, María Jiménez y, nada menos que cinco actores, Jean-Claude Van Damme, Melanie Griffith, Liz Taylor, Ben Affleck y Joaquin Phoenix. No parece que hubiera de irse tan lejos para encontrar los diez, como se verá en este volumen, ni merecía la pena incluir difuntos en una revista de actualidad. El caso es que allí se escribía que “se pillan unas tajás inhumanas”, se los llamaba “borrachines típicos” y, respecto a Maragall, aún se tomaban sus prevenciones aduciendo que nunca se ha sabido si era rumor o realidad pero que tiene “el garbo y la estampa del típico borrachín de chiste, nariz colorada, pómulos hinchados, ojeras paposas y voz de carraspera”. “¿Y qué?”, contestaría yo si fuese el acusado, “¿Cumplo con mi trabajo?”, “¿Me duermo en los plenos?”, “¿Me pongo a cantarle 'Si vas a la Font del Gat' al alcalde de Perpiñán cuando viene a verme?”.

Por otro lado, desde la antigüedad, el número de grandes hombres bebedores es posible que supere al de los sobrios, con lo que ya anuncio que poca moralina se destilará en estas páginas. Mucho se ha escrito sobre la vinculación del genio con la locura y el exceso pero es que también grandes hombres conocidos por su equilibrio, como Goethe, bebían. En su caso, entre una y dos botellas de vino al día, pero sin intención de emborracharse, sino como una actividad cotidiana más, como tomar el fresco o cepillarse los dientes. De cualquier manera, la relación con la bebida en el pasado era bastante menos histórica que hoy. El dato es de principios del

siglo XX pero sin duda podría fácilmente expandirse en el tiempo: en la soldada diaria de los segadores se incluían tres litros de vino que, naturalmente, no almacenaban para el futuro sino que a lo largo de la jornada iban embuchando.

A la extendida, y en tantos casos veraz, idea de que el alcoholismo es una enfermedad⁵, postura, además, adoptada por la mayoría de las asociaciones médicas, se opone hoy una corriente, defendida entre otros por Stanton Peele⁶, que considera la necesidad de bebida como una especie de equilibrador emocional, de lubricante que intervendría en la ecología personal de cada cual. Idea que, si bien se mira, es la que siempre ha tenido la gente respecto a la mayoría de los bebedores, no de los borrachos reconocidos, agresivos y lastimosos. La adicción sería una especie de consecuencia natural de la personalidad global del individuo, una actividad que se integraría compensatoriamente en la economía psíquica de cada sujeto.

⁵ Todos los alcohólicos son bebedores pero no todos los grandes bebedores son alcohólicos, palabra que, a veces, usamos con demasiada liberalidad. El adicto que reclama alcohol en cualquier momento del día o de la noche para no sufrir el síndrome de abstinencia y cuya desdichada vida está supeditada a la ingestión del líquido no es el mismo que quien, bebiendo mucho, no necesita a todas horas ni todos los días vivir con un determinado grado de alcohol en sangre.

⁶ V. Peele (1998).

LOS ORÍGENES

No conocemos dónde ni cuándo se cultivó o se domesticó la vid por primera vez. Sabemos que el género *Vitis* apareció en la era terciaria y que, en la zona de Champagne, se ha encontrado una cepa fósil (*Vitis sezanensis*), que sobrepasa los cincuenta millones de años. Los antropólogos hablan de que las bebidas fermentadas a base de frutos o granos eran conocidas ya hace más de diez milenios. Es muy probable que primitivos pueblos nómadas experimentaran con la fermentación de la uva, a partir del consumo accidental del zumo de algún racimo aislado, pero el primer documento que nos prueba la confección de vinos se remonta al periodo en que la Humanidad acometía el tránsito de la vida errante en busca de caza y productos silvestres, a otra más apacible en torno a asentamientos agrícolas y ganaderos.

Un recipiente cerámico encontrado en las montañas Zagros, en el actual Irán, y analizado en el laboratorio de la Universidad de Pennsylvania, ha permitido comprobar que aquellos granjeros neolíticos ya almacenaban vinos y, muy probablemente, comerciaban con ellos. Dicha vasija contenía restos salinos de reacciones ácidas atribuidas al fruto de las vides y a un tipo de resina procedente de un árbol –*Pistacia atlantica*– que se empleaba como aditivo para su conservación. Hoy por hoy, pues, el vino ha cumplido siete mil años.

Escrito esto, me tropiezo con una noticia que le añade al vino un milenio más de edad. Patrick McGovern, en unas excavaciones realizadas en Shulaveri (República de Georgia), encontró vasijas y toneles fechados seis mil años antes de Cristo. El análisis posterior demostró que, además, se había utilizado como conservante una resina con propiedades bactericidas procedente de un árbol que no se ha concretado todavía. Esta aplicación de la resina se usa todavía en Grecia, donde se bebe un vino, “retsina”, con tales características. En algunas de las vasijas encontradas en Shulaveri hay dibujos que representan a personajes brindando o celebrando alguna ceremonia. McGovern señala, pues, que la sacralización del vino hay que situarla en la prehistoria desde donde evolucionaría hasta dar lugar a los cultos a Dionisos y la eucaristía cristiana. Precisamente, el mismo investigador había descubierto en la tumba del legendario rey Midas restos de los alimentos y bebidas que se consumieron en el gran banquete celebrado a su muerte, como era frecuente en la civilización griega y sus afines. Los recipientes demostraban haber contenido uva, cebada y frutas fermentadas mezcladas con miel.

El biólogo e historiador natural Josef H. Reichholf, catedrático en Múnich y científico de gran prestigio, en su libro *¿Por qué se inventó la agricultura?* (2009), rebate con gran acopio de argumentos las teorías clásicas sobre el asunto. Para él los cazadores del Neolítico nunca hubieran cambiado la caza por la agricultura de no haber tenido un aliciente tradicional: la fiesta, dicho más crudamente, el emborracharse: “La visión habitual confunde causas y consecuencias. Cuando los cazadores y recolectores abandonaron su forma de vida y alimentación tradicional tuvo que darse algún estímulo inicial”, argumentaba el estudioso. Descalificaba también la teoría de que en las primeras regiones de asentamiento sedentario (de Egipto

to a Mesopotamia) escaseaba la caza y proliferaba la vegetación: “Era totalmente distinto. Una región no puede ser feraz y carecer de animales salvajes”.

Por el contrario, la agricultura surgió de una situación de abundancia. La humanidad experimentó con cereales y utilizó el grano como complemento alimenticio. La intención inicial no era hacer pan con el grano sino fabricar cerveza mediante su fermentación. Reichholf recordaba cómo la humanidad ha sentido siempre la necesidad de alcanzar estados de embriaguez con drogas naturales que transmiten la sensación de trascendencia y abandono del propio cuerpo.

La cerveza puede hacerse con grano de cereal salvaje, pero con él no se consiguen grandes cosechas ni alimentar a un pueblo. Por otro lado, cerveza y vino fomentan el sentido unitario de la colectividad pero no garantizan su supervivencia. El pan no empezó a producirse hasta que la humanidad fue capaz de conseguir cereales en abundancia, lo que no sucedió hasta milenios después de que se empezara a recolectar el cereal salvaje para transformarlo en cerveza. “Además, la facultad de fermentarla no fue algo espontáneo. Se conocía con anterioridad la fermentación de la fruta. El hombre primitivo sabía hacer vino de uva y otros frutos recolectados en la naturaleza”, apunta Reichholf.

Quizá por todo ello, así como el poder político en todas las culturas se hizo con el control del grano, el poder religioso —chamanes y sacerdotes— controló los productos naturales capaces de producir excitación o éxtasis y, de paso, se elaboró el mito del vino como don de los dioses, fuera Osiris, Dionisos, o un más degradado Baco.

Más nutritivas y más divertidas que el agua, las bebidas alcohólicas hunden, pues, sus orígenes en la famosa y concurrida noche de los tiempos y muchos piensan que tuvieron una in-

fluencia fundamental en el desarrollo de la civilización occidental, aunque sea imposible concretar con precisión el origen del vino y hasta la etimología del vocablo en las lenguas europeas.

Es cierto que las distintas mitologías nos hablan del vino. En las religiones que se forman en torno al origen de la cultura, la viña es árbol sagrado y su jugo, bebida de dioses, de lo que se encuentra algún eco en la Biblia: “Porque Jehová (...) dirá: ‘¿Dónde están sus dioses, la roca en que se refugiaban, que comían la grosura de sus sacrificios y bebían el vino de sus libaciones?’” (*Deuteronomio*, 32, 37-38). “Dijeron luego los árboles a la vid: ‘Pues ven tú, reina sobre nosotros’. Y la vid les respondió: ‘¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande entre los árboles?’” (*Jueces*, 9, 12-13). Uno de los más antiguos mitos del ámbito griego nos habla del macho cabrío que, comiendo el fruto de la vid salvaje, se desmanda y ataca al propio rebaño.

Los médicos sumerios escribieron la fórmula de la cerveza en sus tabletas de arcilla y los egipcios utilizaron bebidas fermentadas como medicina y como euforizante. Sabemos que abusaban de una bebida semejante a la cerveza que algunos historiadores llaman *zitus*. En ciertos frescos vemos a esclavos que cargan a sus amos borrachos y a cortesanas vomitando tras sus excesos. Actos que, desde luego, no resultan extraños a nuestros contemporáneos. El criado que siempre acompañaba al periodista Mariano de Cavia, un tal Rodríguez⁷, lo asistía,

⁷ Realmente, Cavia tuvo dos criados sucesivos, de apellidos García y Manso, respectivamente. Algunos datos sobre ellos y la dipsomanía de Cavia en: Javier Barreiro, “Imagen de Mariano de Cavia en su sesquicentenario (1855-1920)”, *Criaturas saturnianas*, 2, primer semestre 2005, pp. 107-125.

lo sostenía en sus tambaleos, le ponía los cigarrillos en la boca para que no incurriera en la irrenunciable vocación de los curdas –fumar al revés– y le protegía de quienes le insultaban o intentaban pegar, ya que el plumífero aragonés con fama de maestro de periodistas tenía una borrachera procaz y agresiva: “¿Quiénes son los que han entrado? ¿Los conoces? Unos cretinos, ¿verdad?, Rodríguez, comprueba si este idiota viene a invitarme o a darse pisto”⁸. En ocasiones había de llevarse a cuestras a casa. Lo mismo he visto yo hacer –solo que subiéndolo desde el salón a los dormitorios del piso de arriba– al mayordomo de un conocido poeta contemporáneo. Sirviente llamado, por cierto, Hipólito (“bajo la piedra”), como si la etimología jugase al zodiaco y condicionara el destino.

En muchas culturas antiguas el vino no era bien visto entre las mujeres, de lo que quedan evidentes reminiscencias en la nuestra⁹: esas amas de casa con botellín en la cesta de la compra o esas viejas de antes con el anís escondido en la alacena... El Talmud babilónico dice que a las mujeres les sienta bien una copa, pero dos, fatal y se cuenta que los romanos utilizaban el beso en la boca para saber si las mujeres habían bebido. Que lo debían de hacer se demuestra en la sátira VI de Juvenal que habla de cómo en las fiestas de Bona Dea corrían ebrias y desnudas, rociándose con vino. En las fiestas de hoy de algunos de nuestros pueblos, la costumbre sigue tal cual.

Durante mucho tiempo se consideró a la Biblia como el documento más fiable sobre la Antigüedad. En ella, unas veces

⁸ V. Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato* 1, Madrid, Alianza Tres, 1982.

⁹ Un interesante análisis en Jáuregui (2004).

se execra al vino y otras se le alaba, como en el salmo 104: “Él (Dios) hace producir el vino que alegra el corazón del hombre”. Seguro que David sabía de lo que hablaba; no hay más que recordar su baile ante el Arca.

Alguien se molestó en contarlas y parece que son cuatrocientas cincuenta las menciones bíblicas del vino. El, para muchos, libro santo, en general, no toma postura sobre la bondad o maldad del producto, incluso puede decirse que, salvo excepciones, predomina lo positivo. Las pítimas que cogen Noé y Lot hasta parecen tener una finalidad práctica. La primera, que el patriarca agarró con más de seiscientos bíblicos años a sus espaldas, es el origen de la desdicha histórica de los camitas, es decir, de los negros. Noé la andaba durmiendo desnudo y a Cam no se le ocurrió mejor cosa que señalárselo a sus hermanos. No nos dice la Biblia si para que se mofaran de él o para que lo taparan, a lo que se apresuraron Sem y Jafet. Cuando lo supo, Noé se descolgó con aquello de “Maldito sea Canaán –hijo de Cam–, siervo de siervos será a sus hermanos”. Con lo que la vergüenza que produce el exceso de bebida comienza con su descubrimiento mítico. En la epopeya de Gilgamesh, Outa Napishtim, el nauta que dirige el arca salvadora del diluvio babilónico, también se emborracha al llegar a tierra firme. La borrachera de Lot, después de la destrucción de Sodoma y Gomorra, fue propiciada por sus hijas para obtener descendencia, Moab y Ben-Ammi, de quienes surgieron los moabitas y los amonitas. Es decir que, con la de Noé, se justificó la esclavitud y, con la de Lot, aparecieron dos nuevos pueblos en un momento en que el planeta andaba escaso de habitantes.

Más crítica es después la Biblia en el libro de Isaac, que execra a los beodos con palabras apocalípticas: “¡Ay de la coro-

na de soberbia de los ebrios de Efraín y de la flor caduca de la hermosura y de su gloria que está sobre la cabeza del valle fértil de los aturdidos del vino! (...) Con los pies será pisoteada la corona de soberbia de los ebrios de Efraín (...) estos erraron con el vino, y con sidra se entontecieron; el sacerdote y el profeta erraron con sidra, fueron trastornados por el vino; se aturdieron con la sidra, erraron en la visión, tropezaron el juicio. Porque toda mesa está llena de vómito y suciedad, hasta no haber lugar limpio”.

Pero volvamos a las menciones positivas “¿Qué es la vida de un hombre sin vino?” viene a decir el Eclesiastés. Tobías dispone que se coloque un cántaro de vino “sobre la tumba del justo” y, en otro lugar, aconseja que en la vendimia se dejen algunos racimillos en las vides para que puedan después vendimiarse los pobres, sin la vergüenza de mendigar. Y no hablemos, por demasiado conocido, del excelente papel que en el Nuevo Testamento tiene el vino, con el que Cristo debuta en su tau-maturgia. Sí, de que el habitualmente severo San Pablo aconseja en su epístola a Timoteo que deje el agua porque el vino le irá mucho mejor para el estómago y sus indisposiciones.

Pero esto de la ambigüedad es propio de los antiguos. Para el Talmud babilónico, el que vacía la copa de un trago es un orgulloso, el que lo hace en dos veces demuestra decoro y, en tres, es un sibarita. Dejémoslo así.

Por su parte, en Persia, los ricos gustaban de incrementar las propiedades alcohólicas de sus fermentaciones añadiendo nuez vómica, cal y otros productos que aumentaban sus efectos. Según Herodoto, los hombres tomaban sus decisiones embriagados. Luego, revisaban con la cabeza despejada los acuerdos que parecieran excesivamente descabellados. Lo mismo hacían los pueblos germánicos, según Baroja, y los indios, según Rubén

Caba. Que esto último es cierto, por lo menos referido a los indios del sur de la Argentina, puede comprobarse en el magnífico relato del coronel Lucio Victorio Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). El militar —y excelente escritor— fue enviado a las tolderías en misión diplomática antes de que el general Roca decidiera actuar en forma más expeditiva y eliminar a las tribus. Antes de comenzar a parlamentar, y como medida de hospitalidad, las borracheras que ofertaban los caciques podían durar tres o cuatro días con sus noches. Tal vez se envió a Mansilla, además de por sus eminentes virtudes personales y castrenses, por ser un hombre de extraordinaria corpulencia y vigor físico, que soportaba con entereza tales confraternizaciones, lo que era muy valorado por sus anfitriones.

Conocido es el empleo del alcohol como elemento disgregador de pueblos por parte de los colonialistas, especialmente en África y América. Y el éxito obtenido con esta práctica. Recientemente, los indios de los Estados Unidos presentaron una reclamación ante una destilería que pretende bautizar un licor con el nombre de Jerónimo, el jefe apache. Con lógica irreprochable, aducen que, a sus propietarios, para nada se les ocurre utilizar los nombres del papa Francisco II o de la madre Teresa. Aunque en la cultura cristiana tampoco falten ejemplos de nominaciones de bebidas alcohólicas vinculadas con lo religioso, como la Quina San Clemente o el licor Benedictine. Pero ya habrá ocasión de volver sobre la fabricación de bebibles en los monasterios.

Los occidentales favorecían el consumo de bebida entre los colonizados no solo para tener controlada su posible rebeldía sino por criterios economicistas. A la hora de conseguir algo para lo que necesitasen a los nativos, era cuestión de graduarles

el suministro o de ponerles un cebo. El colmo de la desfachatez –y de la sinceridad– lo constituye el biólogo escocés William Caldwell, quien descubrió, frente opiniones muy contrarias, que el ornitorrinco verdaderamente ponía huevos:

A los negros (aborígenes de Australia) se les pagaba media corona por cada hembra, pero el precio de lo que yo les vendía subía con los suministros de equidnas. Por lo tanto, las medias coronas siempre eran suficientes para comprar la comida justa para mantener hambrientos a los perezosos negros.

Pero la vid también se cultivó en Oriente, tanto en China y Japón, como en la India, donde la vio Alejandro. Difieren las opiniones sobre si también se hizo en Egipto, pero es innegable que, importado o no, el vino aparece en tumbas, listas de ofrendas, etc., desde las primeras dinastías.

Ya nos referimos a los relatos míticos más influyentes, como son los de la Biblia y la mitología griega. En ellos encontramos una constante presencia del vino en la vida cotidiana. Vimos que las borracheras de personajes como Noé y Lot parecen tener una finalidad utilitaria, como la tiene para Ulises, que embriaga a Polifemo para huir de su cautiverio. Para los griegos, el vino –regalo de Dionisos– era la bebida de los reyes y son abundantes las representaciones de bebedores en todas sus manifestaciones: “En el bronce de Homero va grabado tu nombre / negro vino que alegras el corazón del hombre”, escribió Borges en dos alejandrinos gloriosos, con ecos del salmo antes citado. Y todo el mundo sabe que el aeda por antonomasia siempre utilizó el epíteto “vinoso” para referirse al mar. Por él sabemos que los troyanos bebían vinos de Frigia mientras que

sus sitiadores, los aqueos, se surtían de Lemnos. También que Laertes, el padre de Ulises, se enorgullecía de sus vinos de cincuenta variedades de uva diferentes.

Ya se ha dicho que en la antigua Hélade se valoraba la capacidad de soportar con entereza los efectos etílicos, costumbre luego tan extendida de sur a norte. Se acostumbraba a los niños desde pequeños, por lo que se solía beber mucho sin que se notasen demasiado las consecuencias, lo que se tenía a gala. A los jóvenes, sus mentores les enseñaban no solo el arte de amar, sino también el de beber, como consta en Homero, que se refiere a cómo aquellos vomitaban tras los ensayos:

A menudo me mojaste el vestido en el pecho
vertiendo vino de tu boca en tu torpeza infantil.

En pocas situaciones de la historia de la humanidad la bebida ha estado más cerca de la creación considerada literaria –aunque aquí quizá tenga más que ver con la experiencia extática– como en el *Symposium*, cuya etimología nos lleva al significado de “beber juntos”, “beber en unión”. Acabada la jornada, un corto número de varones griegos, bañados, perfumados y vestidos *ad hoc*, se reúnen en una sala, donde se recuestan por parejas sobre lechos dispuestos en círculo. En el centro, una cratera contiene a Dionisos en forma de vino que poseerá a quienes lo beban. Un copero sirve el líquido y lo hace circular entre los asistentes mientras músicos y danzantes amenizan la reunión y pueden ser invitados a los lechos. Las Musas también comparecen en forma de cantos con que los participantes celebran la comunión, mezcla de posesión divina e identificación con los demás, que proporciona el *Symposium*. Muchos de estos cantos constituyen lo que conoce-

mos como poesía lírica griega, casi siempre torcidamente leída e interpretada¹⁰.

Cuando los griegos empezaron a colonizar algunos puntos de la península itálica hacia el siglo VIII a. d. C. la llamaron Oinotria (país del vino) y Sicilia fue considerada como la tierra elegida por Dionisos. De cualquier modo, la cultura latina recogió la herencia griega sin que faltara esa glorificación de la capacidad de trasegar litros. Horacio, el verdadero maestro de la tradición poética de Occidente, escribió lo que, a pesar de haber sido tan citado, parece un chascarrillo: “Ningún poema puede disfrutar de larga vida si ha sido escrito por bebedores de agua”.

Los romanos gustaban del vino fresco (*recentatum*) y si, en los orígenes, su consumo quedaba reservado a los hombres de alguna importancia, pronto se hizo general. Realmente, llegó a ser un mérito social el emborracharse. Novello Torcuato consiguió el favor de Tiberio, que le nombró pretor y cónsul, bebiendo ante el emperador tres *congii* –unos nueve litros–, lo que le valió el sobrenombre de *Tricongis*. El propio Tiberio nombró a Lucio Pisón prefecto de la guardia por haber bebido sin interrupción durante dos días y dos noches. En cambio, los primitivos romanos no veían bien la bebida entre las mujeres ni entre los jóvenes aunque, poco a poco, el consumo fue haciéndose general.

El cultivo de la vid llegó a España hace casi tres mil años, traída por los fenicios desde sus costas, pero la *Vitis silvestris*, anterior a la *Vitis vinifera*, estaba ya presente a finales de la era terciaria. En el valle del Roncal se han encontrado algunos

¹⁰ V. Dupont (2001).

ejemplares, que sus habitantes llaman “parruza” y que no utilizaban para hacer vino sino como alimento. La *Vitis vinifera* es una planta hermafrodita, mientras que en la *Vitis silvestris* aparecen muy diferenciadas las plantas masculinas y femeninas. En Europa occidental solo se conocen ejemplares de esta en el centro de Francia, Suiza y el valle del Rin.

Por Estrabón y Avieno nos consta que en la zona mediterránea de la antigua Hispania se cultivaba el vino ya en el siglo VI a. d. C. Ya hemos visto que las zonas costeras de influencia púnica lo conocían desde algún tiempo atrás: en el Castillo de Doña Blanca, a cuatro kilómetros de Jerez, existe un yacimiento fenicio del siglo VII. Sin embargo, en la Conferencia Internacional del Genoma, celebrada durante el año 2002 en San Diego, un consorcio de especialistas en genética de la vid presentó la conclusión de que las viñas cultivadas habrían derivado de especies salvajes y no habían sido importadas. Las especies cultivadas tenían secuencias de ADN increíblemente parecidas a las especies silvestres. El equipo defendió que la vid fue “domesticada” en distintos enclaves de Asia y Europa a lo largo de varios milenios. El profesor Harold Olmo de la Universidad de California en Davis defendía desde hace tiempo que cualquier población podría haber descubierto las uvas salvajes como aptas para el consumo y procedido a su fermentación. Por su parte, investigadores de la Universidad de Valencia creen haber probado el carácter indígena del viñedo en la cuenca mediterránea que habría sido destinado al consumo ya desde el Neolítico.

Recientemente en el asentamiento vacceo de Pintia, cercano, por cierto, a Peñafiel, una de las mejores zonas productoras de la península, se ha documentado el consumo de vino alrededor del siglo VI a. d. C. Los vacceos, que tuvieron su capital en Pallantia (Palencia), constituían una tribu de las llamadas

celtíberas de la Edad del Hierro. Parece que, al menos, consumían el vino en las ceremonias funerarias junto a cerveza e hidromiel. Es muy posible que otras tribus vecinas, que también ofrecieron fuerte resistencia a la ocupación romana, como los arevacos, los lusitanos, los vetones y los carpetanos, conociesen el vino, lo mismo que los vacceos.

De un modo u otro, con la entrada de los romanos se estableció un activo comercio con la metrópoli y, por las ánforas, que se fabricaban en el lugar de origen del vino y se desechaban después, sabemos que se exportaban vinos, tanto los considerados entonces de calidad como los de gran consumo. La colina romana llamada Monte Testaccio, situada detrás del actual cementerio civil británico, está repleta de fragmentos de ánforas ibéricas rotas durante las travesías marítimas, que luego se amontonaban allí. El valle del Ebro ya era uno de los principales centros de producción, junto a la Bética y la Tarraconense, y el mismo Marcial nos habla de la finca que en Bílbilis le regaló Marcella, provista de viñedo y agua para el riego. El epigramista bilbilitano debía de ser un buen amigo del prive. Proclamaba que la vida de quien tiene a mano la copa de viejo Falerno —un vino de la Campania— se hace larga aunque muera joven.

El vino constituía, en suma, una secuencia esencial de la vida cotidiana y, junto al pan y el aceite, formaba la tríada de las principales producciones agrícolas, lo que se ha mantenido casi hasta el presente. Es imposible hacer una intrahistoria de la vida del pueblo español a lo largo de veinte siglos sin tener en cuenta esas referencias fundamentales. Pero no olvidemos que los vinos en la antigüedad eran ante todo bebidas de ricos y su elaboración distaba mucho de la complejidad con que se

afronta actualmente. Pese a los buenos consejos que proporciona Columela (v. p. 239) en su obra, esa fineza en el trato otorgado a las uvas debía de ser excepcional. Generalmente, se trataba de una bebida áspera, turbia, agria, de alto contenido alcohólico y muchas veces cargada de especias y hierbas. A veces, se buscaba incrementar sus efectos añadiendo sustancias que hoy serían fulminadas por los servicios de sanidad. Los pobres, por su parte, tenían que contentarse con turbias cervezas y pesados hidromieles. El vino que bebemos hoy es uno de los grandes logros de la civilización, especialmente, de la cultura mediterránea.

Pero ya se dijo que la ambigüedad siempre anda presente y que en todas partes cuecen habas. Si beber era propio de dioses en las mitologías, de hombres cultivados en el *Symposium*, de hombres feroces y aguerridos en Roma, también el alcohol se podía utilizar para desacreditar al enemigo. Tácito habla de los borrachos germanos y Plinio, de los galos y españoles. Sea como fuere, la caída del Imperio no conllevó el retraimiento del consumo. El comercio vinícola decreció considerablemente pero fue recuperándose poco a poco. Por su parte, también los visigodos resultaron grandes bebedores y terminaron promulgando leyes para favorecer los viñedos.

De hecho, en los pueblos del centro y del norte de Europa, las bebidas se hacían a partir de cereales malteados, sobre todo de la cebada. Se trata de lo que dio en llamarse cerveza. Tenía la ventaja de que su graduación alcohólica, aunque escasa, neutralizaba la flora bacteriana presente en muchas de las aguas que se bebían, aportaba calorías y era una forma indirecta de consumir cereales. Resultaban bebidas densas y que se conservaban poco tiempo. Al menos hasta que el lúpulo, como aromatizante y conservante, se introdujo en la Baja Edad Media. La fabrica-

ción de cerveza era una tarea doméstica, pero fue transformándose en profesional a partir del Medioevo porque la demanda era grande y resultaba difícil satisfacerla con las reducidas dimensiones de lo que se producía en cabañas y corrales.

La diferencia con la cerveza que bebemos hoy era todavía mayor que la que se daba en el vino. Un bebedor actual es probable que se alejara asqueado del producto. Así, en las zonas consumidoras de cerveza, el vino era un producto especialmente apreciado y aristocrático. Hay que señalar, no obstante, que a partir de la Edad Media en Europa se cultivó vino, aunque de baja calidad y para satisfacer usos inmediatos, en la franja que corre desde el sur de Inglaterra hasta Polonia. Los ingleses terminaron abandonando el cultivo para importar el producto de Gascuña, donde tenían influencia política. Años más tarde, la alianza inglesa con Portugal depararía el triunfo del Oporto y las secuelas de la guerra contra Napoleón propiciaron que diferentes familias se asentaran en el sur de España y dieran lugar a las maravillosas elaboraciones de las bodegas jerezanas. No es poco lo que el vino debe a los ingleses.

En los Balcanes y el sureste europeo, el vino casi desapareció debido a la influencia turco-islámica. El tan demorado fin del dominio otomano significó su lenta recuperación.

Parece que el alcohol fue descubierto hacia el año 1100 en el sur de Italia, donde la Escuela de Medicina de Salerno era un muy importante centro de investigaciones químicas o alquímicas. En esta época llega el alambique, seguramente, traído por los árabes, que es posible hubieran destilado el alcohol un par de siglos antes. No deja de ser una ironía que árabe sea también la palabra *alkuhl*. Y otras muchas: sirope, aloque, arrope, azumbre, alquitara, redoma... De hecho, el islam en la península ibérica fue tolerante con la bebida, especialmente, en la época

omeya, aunque en los periodos de las invasiones almorávides y almohades retornara el rigor. También Almanzor ordenó arrancar los viñedos jerezanos en el año 966. Los cultivadores defendieron sus uvas aduciendo que se dedicaban a elaborar pasas para alimentar a los luchadores en la Guerra Santa, media verdad que logró que la orden solo se cumpliera en una tercera parte. Algunos historiadores piensan que la proscripción coránica del alcohol tiene su fundamento en la dispepsia crónica que padecía Mahoma, llamado el Profeta.

Los antiguos conocían la destilación pero fue necesario adaptarla a las bebidas fermentadas. La primera documentación del destilado, a partir de arroz y mijo, se remonta a 800 años a. d. C. en China. Las destilaciones orientales recurrieron generalmente al arroz pero, entre los nómadas, también la leche de yegua, de burra y de algunos rumiantes era fermentada para después destilarla y producir alcohol. El aguamiel ya se destilaba en la Inglaterra del siglo VI pero la destilación del vino se ha atribuido a Raimundo Lulio y a Arnaldo de Vilanova que, en su obra *La conservación de la juventud*, mantenía que el aguardiente (*aqua vitae*) preservaba la juventud, disipaba los cuerpos superfluos, curaba los cólicos, la hidropesía y la parálisis y calmaba el dolor de muelas.

El vino, pues, se destila en principio para usos medicinales por parte de los boticarios. Así, Carlos el Malo, rey de Francia, murió en 1387 al prenderse fuego su sábana empapada en coñac por razones curativas.

Después de los aguardientes de vino surgen los de otros productos, ya que de toda fermentación de un producto vegetal resulta alcohol, susceptible de ser destilado. Se usaban también medicinalmente, tal vez, por la anestésica sensación de bienestar que podían proporcionar aunque fuesen ineficaces.

En el siglo XV el uso de aguardientes es general en Europa. Los cenobios ya hace tiempo que los producían aromatizándolos con hierbas de sus predios, incluso en órdenes tan rigurosas como la de los cartujos, costumbre que no han abandonado. Igualmente, muchas destilerías solían estar bajo control señorial. El control del alcohol implicaba poderío económico y social. Los aguardientes de grano (ginebra, vodka, whisky...) tenían la ventaja de su bajo precio aunque sea más complicado destilar el licor de malta porque, además de algo de azúcar, había que añadirles levadura. Hoy el whisky es el licor más consumido del mundo pero su uso no se empezó a extender hasta el siglo XIX.

Al poco de celebrarse en España el V Centenario del Descubrimiento por antonomasia, los escoceses festejaron en 1994 el suyo: la invención del whisky por parte del fraile cisterciense John Cor. En efecto, el documento más antiguo sobre la destilación del whisky está fechado el 28 de mayo de 1494. No han faltado entre los autonomistas *highlanders* quienes lanzasen la propuesta de declarar ese día su fiesta nacional.

Con los aguardientes se da una de esas típicas contradicciones o paradojas históricas. Por un lado, los producen la nobleza y la iglesia y, por otro, su consumo es objeto de numerosas prohibiciones. Cosa, por otra parte, fácilmente explicable y con largas ramificaciones históricas, que llegan al presente y llegarán al futuro. Fuese como fuese, nada se pudo hacer contra ellos y su uso se fue generalizando. Más, cuando con la creciente emancipación social, los campesinos fueron aprendiendo a destilar y en las ciudades fue progresando el comercio. Como es natural, y vistos sus nocivos efectos sobre la fuerza de trabajo, los españoles dictaron leyes para prohibirlo —obviamente, sin éxito— en América, donde los alcoholes llegaron muy pronto. Pero tam-

poco los indios se chupaban el dedo. En su tercer viaje, a Colón se le ofreció chicha, una especie de cerveza hecha de maíz. En México ya tenían el pulque, con un alcohol, en parte metílico y, por tanto, más dañino que el de uva o caña, aunque su grado era menor que el de los venideros mezcal y tequila, destilados del zumo de pita. El turbio pulque, que todavía hoy, casi clandestinamente, puede encontrarse, no tiene mucho que ver con el que bebían los aztecas.

Si a Colón le dieron chicha en el tercero de sus viajes, en el segundo, él ya se había anticipado en la responsabilidad con la introducción de las raíces de caña de azúcar, que traía desde las Canarias. Cuba hizo suya la planta, fabricó el guarapo (jugo de caña), que pronto se destiló y dio origen al ron, después producido en todas las Antillas. Se dice que el vocablo ron es el apócope, *rum*, de la palabra inglesa *rumbullion*, que significa algo así como “tumulto”. Otros hablan de que su origen es el nombre latino de la caña de azúcar, *Saccharum officinarum*. Sea como fuere, la bebida obtuvo un gran éxito y, en seguida, fue objeto de una gran demanda y protagonismo comercial. En 1763 había ya ciento cincuenta destilerías en Nueva Inglaterra. El producto era consumido en las colonias de Norteamérica y se enviaba a África para ser intercambiado por esclavos, marfil y oro. La marinería británica recibió regularmente su ración desde el siglo XVIII hasta 1970. Antes era habitual mezclarlo con el tabaco.

Puede decirse que se bebe más cuanto más lejos del Ecuador está el pueblo. No solo por el frío: los nórdicos tienen una especial tendencia a cogerlas en los países cálidos donde se aguanta peor la bebida aunque se elimine mejor a través de la transpiración. Jack London también era de esta opinión:

El hombre blanco, bajo los efectos del sol y de la climatología tropical, sufre radicales alteraciones en su naturaleza, se convierte en un salvaje, en un ser cruel e inmisericorde, es capaz de cometer actos de extrema deshumanización, actos que jamás hubiera podido imaginar que sería capaz de llevar a cabo en su medio ambiente habitual. Se pone nervioso, irritable, su sentido de la ética y de la moral se rebajan. Y bebe como nunca antes lo había hecho. Así el acto de beber se convierte en una de las formas más absolutas de la degeneración. El incremento de la consumición de bebidas alcohólicas se produce automáticamente. El trópico no es un lugar para largas permanencias. Allí al hombre blanco le pueden entrar ganas de matar a cualquiera, y el mucho beber acelera el proceso. No hay ninguna razón lógica para ello. Pero lo hace¹¹.

Por cierto que el vino y los trópicos no han tenido buenas relaciones hasta hace poco. Mal viajero, el vino no se amoldó a la aventura colonial y solo el paso del tiempo deparó que el cultivo de la vid se asentara en ciertas tierras de las dos Américas y que los avances de la viticultura solventaran los problemas del transporte y la temperatura de los vinos.

En cambio, en la Europa renacentista, el vino empezó a dejar de ser predio de los monasterios y pasó tanto a las tierras como a las mesas de aristócratas y burgueses. Sin que eso quiera decir que la Iglesia abdicara de su vocación filovitícola, como corresponde al contenido de uno de sus sacramentos. Incluso, en tiempos de anatemas, el Papa polaco se descolgó con esta declaración:

¹¹ Jack London, *Las memorias alcohólicas*, Barcelona, Legasa Literaria, 1987, pp. 191-192.

... un moderado uso (...) no choca con prohibiciones morales y solo su abuso es condenable, el drogarse, por el contrario, siempre es ilícito porque comporta una renuncia injustificada e irracional a pensar, querer y actuar como personas libres.

Por las mismas fechas (1991) el cardenal Angelini, presidente de unas jornadas sobre alcohol y drogadicción, explicó a un redactor de *Il Corriere Vinicolo* que le trasladaba el malestar del sector por haber juntado ambos nepentes, que una cosa era el alcohol y otra el alcoholismo y le recordó cómo la Biblia, san Pablo y otros padres de la Iglesia ya instaban al consumo de vino y, llevando más lejos su comprensión de la ingesta, aventuró: “Me consta que entre todos los oradores de las jornadas no hay ningún abstemio”. Buenas se las debían de correr los invitados a hablar de los peligros de la cosa.

Los vinos de alta graduación soportaban mejor los viajes y los cambios de clima, por lo que durante mucho tiempo fueron los que se producían: los vinos generosos del sur de España con los que comerciaba el padre de Chaucer o las malvasías canarias, apreciadas desde la época romana. Mauricio Wiesenthal, uno de los mayores expertos en tales cuestiones, nos cuenta cómo el shakespeariano Falstaff pagaba ocho chelines y dos peniques por su *sack* mientras que destinaba solo dos chelines y seis peniques a provisiones de cocina. Despreciaba, además, las “bebidas flacas” del norte y la costumbre inglesa de mezclar jerez con huevos: “¡No quiero espermatozoos de pollo en mi copa!”¹². El mismo Magallanes empleó más maravedíes en surtir de vino a su expedición que en armas: 594.790 frente a 566.684.

¹² Mauricio Wiesenthal, "La aventura del vino y del alcohol", *El Urogallo*, 91, diciembre 1993.

Si en la España mediterránea (Cataluña, Levante y Andalucía) y cercana a los puertos se producían estos vinos para la exportación, en la España interior se hacían vinos de otro cariz y, en contra de lo que muchos creen, con menor graduación alcohólica que la de hoy, salvo excepciones.

El café, el chocolate, el té, las bebidas destiladas, los enfrentamientos entre españoles e ingleses, las guerras europeas trajeron malos tiempos para el vino durante dos siglos. Fue la influencia bordelesa la que en el siglo XIX indujo a perfeccionar las artes enológicas hasta llegar al embotellado y etiquetado.

EL ALCOHOL Y LA CREACIÓN LITERARIA

Hasta la Edad Moderna no tenemos posibilidades de enfrentarnos con el vínculo del alcohol y la creación, tanto por la ausencia de datos biográficos fiables como por no haber surgido aún la radical contradicción del hombre moderno que asume su libertad, individualidad y consiguiente soledad. Con algo tendría que ayudarse para afrontarlas. Si Descartes le enseñó a poner en solfa la Tradición y la Autoridad, la Enciclopedia marcó el camino de la ciencia positiva y el Romanticismo señaló la ruta de la libertad, eso sí, trufada de dolor y en pos de un aciago destino.

Antes del siglo XVIII únicamente podemos hablar de quienes mencionan el vino y sus aledaños y, con el uso de las recientes adquisiciones de raciocinio no sometido a la tradición y la libertad de pensamiento, deducir cuál sería su relación personal con la bebida.

Uno de los autores más antiguos y más citados es Anacreonte, cuyo nombre y obra dieron lugar a que se designe como anacreóntica a la composición poética que exalta los placeres y el sentido orgiástico de la vida. Tal vez como castigo a sus audacias, una dudosa tradición adjudica a Anacreonte una muerte sobrevenida al atragantarse con una pepita de uva. Fuera o no así, lo poco que sabemos del poeta jonio, de quien

solo se conservan unos 160 fragmentos, es que fue hombre acomodaticio y práctico, proclive a la ironía, y que lo mismo que al ver una saltarina adolescente la comparaba a una potrilla de Tracia y se imaginaba su domador, babeaba por efebos como Esmerdis o Cleóbulo. Del vino tenía más bien un concepto lenitivo y narcótico:

Cuando bebo los cuidados se adormecen. ¡Lejos de mí los gemidos y los sufrimientos y las preocupaciones! Es necesario morir, quiérase o no. ¿Por qué entonces extraviarnos en la ruta de la vida? Bebamos el vino amado del bello Baco: cuando bebemos, los cuidados se adormecen.

Otro de los clásicos es el persa Omar Khayyam (1048-1131), astrónomo y matemático y, como tal, descreído de la vida más allá de la muerte, del mundo y hasta de la ciencia. Es la tristeza la que lo lleva a aferrarse a los placeres del mundo, es decir, se trata de un estricto poeta. En sus versos aparece frecuentemente la idea del despertar, como advertencia y campanada de aviso a quienes, sin advertir la precariedad de sus afanes, se consumen en las luchas diarias. Lo único defendible es gozar el instante.

Como ocurre en nuestros medios literarios, en los que durante mucho tiempo se ha tratado de dar una versión ortodoxa y relamida de obras tan revolucionarias como *El libro de buen amor* o *La Celestina*, a Omar Khayyam también se le ha intentado arrebatarse toda su singularidad y la potencia heterodoxa de su mensaje relacionándolo con los sufíes e interpretando sus metáforas desde el punto de vista religioso: así, la taberna sería la primera etapa del sendero espiritual, el vino simbolizaría la verdad y la copa, el corazón, puesto que contie-

ne el vino que hace conocer al Dios único y verdadero. La embriaguez sería el éxtasis producido por la fe, que lleva a la contemplación y al misticismo. No hay más que leer sin anteo-
jeras ni apriorismos para entender a quienes tan bien sabían hacerse entender. Ejercían con soltura y eficiencia su profesión y por eso hoy los seguimos escuchando.

¡Ven llena la copa! Y tira en el fuego de la primavera tu traje invernal de arrepentimiento: breve es el vuelo para el pájaro de las horas... ¡Y el pájaro está en el ala!

Semejante al tulipán que desde el suelo mira hacia arriba aguardando su temprano sorbo de vendimia celestial, aguardas devotamente tú, hasta que el cielo, como se vuelca una copa vacía, te vuelque sobre la tierra a ti.

Vosotros sabéis, oh, amigos míos, con qué rumboso espectáculo celebré en mi casa unas segundas nupcias: cómo divorcié de mi tálamo a la vieja, estéril Razón, y a la hija de la viña por esposa tomé.

Levántate, dame vino. ¿Es este acaso el momento de las palabras vanas? Esta noche tu pequeña boca ha llenado todos mis deseos. Dame vino color de rosa como tus mejillas. Mis votos de arrepentimiento son tan enmarañados como tus cabellos.

Bebe vino, que es la vida eterna y lo único que resta de tu juventud pasada. Ya estamos en la estación de las rosas, del vino y de los compañeros alegres; sé feliz un instante... ese instante es la vida.

Estas cinco *rubaiyat* parecen suficientes para desmentir a los ulemas o a quienes, ungidos por sí mismos, se declaran aptos para interpretar lo que ellos llaman palabra sagrada, cuando hasta los primitivos sabían que, si es sagrada, no se entiende. Invitación al goce, brevedad de la vida, alejamiento de la estéril especulación, inviabilidad del arrepentimiento, intensidad en la vivencia del instante... estos son los mensajes que, desde su siglo airado, nos dejó Omar Khayyam. Ojalá los árabes, tan amantes de la poesía, tuvieran hoy oídos para el sabio de Nishapur.

En la España medieval va a ser también un súbdito del profeta, el cordobés Aben Quzman, quien en uno de los primeros textos literarios que conocemos de la época (siglo XII): el zéjel número 29 de su cancionero, se arranca por alegrías: “Vino dorado es mi dueño y amigo, gozo, contento, doctor de mis males. Caldo, licor, rosolí, malvasía. Néctar, mosto, ambrosía y mistela”. Su afición lo lleva a dictar resoluciones para la eternidad: “Cuando muera, estas son mis disposiciones para mi sepultura: dormiré con una viña entre los párpados, que me envuelvan entre sus hojas como mortaja y me pongan en la cabeza un turbante de pámpanos”.

También es de justicia citar los *Denuestos del agua y el vino*, también llamado *Razón feita de amor*, un muy bello poema de los inicios del siglo XIII, escrito o copiado por Lupus, natural de Moros, un fantástico y casi desconocido pueblo situado a 25 kilómetros de Calatayud. Aunque el género hunde sus raíces tanto en la literatura latina como en las tradiciones goliardescas, el vino, como es su obligación, denigra al agua y proclama que, aparte de convertirse en la sangre de Cristo y de que sin él no hay banquete que se precie, convierte a los hombres en valientes, al ciego le hace ver, al mudo, hablar, al cojo, correr y al enfermo, sanar. Como es de rigor, ambos conten-

dientes coinciden en finalizar sus respectivas razones pidiendo que les sirvan vino.

No hemos de detenernos en toda la literatura goliardesca, cuya mejor expresión española es el fresco y bienhumorado clérigo que dejó a Hita en el mapa del mundo. Ni escudriñaremos la íntima relación de su descendiente Celestina, aquella que, cual *somelier avant la lettre*, se jactaba:

Pues ¿vino?, ¡no me sobraba! De lo mejor que se bebía en la ciudad, venido de diversas partes: de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín y de otros muchos lugares; y tantos que, aunque la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la diversidad de sus tierras en la memoria. Que harto es que una vieja como yo, en oliendo cualquiera vino, diga de dónde es.

Y, en cuanto a su apego al producto, también tenemos una declaración exenta de ambigüedad, al contrario que tantas cosas de tan excelentísima obra:

Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo mal pegado me lo traen, que no cabe dos azumbres. Seis veces al día tengo de salir, por mi pecado, con mis canas a cuestras, a henchir a la taberna. Mas no muera yo de muerte hasta que me vea con un cuero o tinajica de mis puertas adentro.

Tampoco habremos de olvidar a François Villon y Rabelais, maestros máximos en la desmesura, solo que los franchutes han rellenado tantas resmas con sus vicisitudes, significaciones, hijue-

los y mandangas que hasta han dado lugar a algo así como una escuela literaria con las resultas de la obra de Rabelais: el bajtinismo. Excursione, pues, por tales breves y andurriales el interesado, que nosotros cumplimos con saludar a tan excelsos artistas. Y no se encocore nadie que, con Gargantúa y Pantagruel, aún habremos de tener algún encuentro.

Lo que no me perdonaría el Ministerio de Cultura, que tanto dinero y tan poca imaginación gastó durante el año de su Centenario, es dar de lado al Quijote. No es cosa de hablar de la tan socorrida pendencia del caballero con los cueros de vino, que hay que ver cómo se contará ahora que unos pedagogos han decidido adaptar la obra a las mentes infantiles. Aún me chilla el oído desde que hace unos días, respondiendo a preguntas del locutor de Radio Nacional, oí explicar a uno de estos genios –ocultos hasta que un loco les ha proporcionado este trabajo– cómo iba a resultar alguno de los fragmentos adaptados: en vez de las palabras con que un interlocutor elogia a Sancho que ha atinado al proponer la procedencia de un vino: “¡Bravo mojó! –respondió el del Bosque–. En verdad que no es de otra parte y que tiene algunos años de antigüedad”, estos caballeros, sabedores de que la literatura es el arte de decir lo máximo posible con los mínimos elementos, proponían: “¡Guay, acertaste!”.

Independientemente de la paladina declaración de Sancho: “No tengo nada de hipócrita bebo cuando tengo gana y cuando no la tengo y cuando me lo dan”, el episodio en que más se alude al vino es, precisamente, el de la conversación del escudero del caballero del Bosque con Sancho (II, XIV). Aquel le da de beber de la bota que porta en su cabalgadura: “... el cual, empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora y, en acabando de beber, dejó caer la

cabeza a su lado, y dando un gran suspiro dijo: —¡Oh, hideputa, bellaco, y cómo es católico!”.

Si es que esos santones de la pedagogía no suprimen el párrafo por presentar el alcohol de forma positiva, es de esperar que despachen la respuesta de Sancho con un “Está chachi” y den paso al cuento folklórico con el que el escudero explica y justifica su buen ojo con los vinos.

Por excepción, quien no se muestra afecto al vino es el pícaro protagonista de la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, del rondeño Vicente Espinel. Veamos cómo le reprende un concurrente al cordobés Mesón del Potro:

—Hace mal, porque ya es un hombrecito y para caminos y ventas donde suele haber malas aguas, importa beber vino, fuera de ir Vuesa Merced a Salamanca, tierra frigidísima donde un jarro suele corromper a un hombre; el vino templado con agua da esfuerzo al corazón, color al rostro, quita la melancolía, alivia en el camino, da coraje al más cobarde, templá el hígado y hace olvidar todos los pesares.

Tanto me dijo del vino que me hizo traer del fino media azumbre, que él bebióse, que yo no me atrevía.

Y, si de escritores hablamos, no podemos dar de lado a quien, probablemente, estableció una más rica relación con las palabras de nuestra lengua, Quevedo, que dedicó al vino varias de las más hermosas composiciones poéticas de su estro. No sabemos si lo bebió con voluntad —que el acusar a otros de nuestros propios defectos es humano achaque— o tan solo lo probaba, pero sus textos dan la impresión de que no le desagradaba. Don Francisco, cuando quería degradar, mataba, y al vino le

otorgó este increíble soneto, verdadera epifanía de la inteligencia, del sustantivo significativo y rompedor. Del humor desprovisto de todo respeto humano.

BEBE VINO PRECIOSO CON MOSQUITOS DENTRO

Tudescos moscos de los sorbos finos,
caspa de las azumbres más sabrosas,
que porque el fuego tiene mariposas
queréis que el mosto tenga marivinos.

Aves luquetes, átomos mezquinos,
motas borrachas, pájaras vinosas,
pelusas de los vinos envidiosas,
abejas de la miel de los tocinos.

Liendres de la vendimia: yo os admito
en mi gaznate, pues tenéis por sogá
al nieto de la vid, licor bendito.

Toma en el trago hacia mi nuez la boga,
que bebiéndoos a todos, me desquito
del vino que bebisteis y os ahoga.

“Los borrachos”, “Pendencia mosquito”, “A una dama vinosá”, “La rana y el mosquito” son otros poemas quevedescos con el vino como protagonista. Pero oigamos cómo, trascendiendo un tópico secular, los bebedores increpan en *Los sueños* a su tabernero:

Diluvio de la sed ¿por qué llamas borrachos a los anegados? ¿Vendes por azumbres lo que llueves a cántaros y llamas zorras a los que haces patos? Mas son

menester fieltros y botas de baqueta para beber en tu casa que para caminar en invierno, infame falsificador de las viñas.

Bebedor o no, Quevedo no podía dejar de tildar de borracho a Góngora. Claro que, a todo esto, algo tendría que decir el cordobés. Pero, mejor que nadie lo decía su cara. Los dos retratos seguros que de él conocemos, el atribuido a Velázquez y el del manuscrito Chacón, nos muestran la vera efigie del bebedor contumaz. Es una nariz que no puede desmentirlo. Si es que hiciera falta, porque el que a Góngora le iban los vicios lo sabía toda la curia, y él tampoco despistaba demasiado:

Pase a media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
del golfo de mi lagar
la blanca o roja corriente,
y ríase la gente.

El jocundo, cínico y –al parecer de Juan Goytisolo– cuasi revolucionario Estebanillo González, fuera quien fuese, resultó otro de los más contumaces adoradores de Baco. En su *Vida y hechos* se bebe “hasta tente, bonete”, linda expresión que alude al gesto del bebedor largo que, tanto inclina la cabeza hacia atrás para trasegar el líquido, que ha de advertir al bonete que debe permanecer en su sitio contradiciendo las, por entonces, aún no enunciadas leyes de la gravedad. La *Vida y hechos de Estebanillo González* es novela picaresca de muy grata lectura, lejos de las cantinelas moralistas de otras de su especie y que recomendaría sin ambages, a no ser porque ando sospechando

de las capacidades de los españoles de hoy para echarse al coleto algo que no sea estrictamente contemporáneo, lineal y sin demasiadas subordinaciones. Hace unos años los bachilleres españoles aún leían *El libro de buen amor* y unas cuantas novelas picarescas, si no eran los quevedescos *Sueños* o *El poema de Mío Cid*. Hoy, me juego toda la faltriquera a que los estudiantes de Filología tienen dificultades para desentrañar *La Regenta*.

Unos años antes de que Estebanillo fatigase las tabernas desde el río Tinto al Rin, el sevillano Baltasar de Alcázar había cantado también, en festivos versos cortos, su afición al vino. Pese a ser de origen converso y de profesión militar, ni lo uno pareció amargarlo ni lo otro, impostarlo. Fue hombre ingenioso y jocundo cuya compañía buscaban sus contemporáneos para hacer más ligeras las horas. Su más famosa composición es, probablemente, la titulada “Una cena” o “La cena” en la que va describiendo las viandas y aderezos que la componen. De sus muchas referencias al vino escojo las tres redondillas siguientes:

(...) Por nuestro Señor, que es mina
 la taberna de Alcocer;
 grande consuelo es tener
 la taberna por vecina.

Si es, o no, invención moderna
 ¡Vive Dios! que no lo sé
 pero delicada fue
 la invención de la taberna,

pues allí llevo sediento
 pido vino de lo nuevo

mídenlo, dánmelo, bebo
págolo y voyme contento...

Ya se verá que el verso “la taberna por vecina” lo escogió un prosista del 27 para titular uno de sus libros, pero esta vindicación tabernaria ha sido, desde los satíricos grecolatinos, un *topos* más o menos concurrido. Y que llegaría hasta la actualidad, si en la actualidad no hubieran desaparecido tan gratos lugares de “sociabilidad”, como gustan decir los historiadores culturales franceses.

Baltasar de Alcázar escribió otros poemas ensalzando al vino, como aquel en que narraba su modo de vivir la vejez, sin cejar en sus costumbres:

... con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo.

Las homonimias y encadenamientos de don Baltasar y el recuerdo de Quevedo nos llevan a uno de los escritores más grandes y peor leídos y valorados de nuestra historia literaria, el Gran Piscator de Salamanca, autor de esa impagable *Vida* y de las *Visiones y visitas de Torres con don Francisco Quevedo por la corte*. No hay que sospechar que don Diego de Torres Villarroel fuese borrachín y, si en alguna ocasión perdió el norte, seguro que lo pagaría en llantinas y arrepentimientos pues, a pesar de su gracia, era hombre moralista y muy dado a pesimismo. En la última de las obras citadas, cuando visita con Quevedo los puestos de rosolés, mistelas y aguardientes le suelta:

(...) En cada casa de la Corte se destina un aposento para embalsamar estos julepes y jaropes. Se ha hecho razón de estado la borrachera, y pasa por cortésano cortés y político zafio el que no hace provisión abundante de esas zupias. Considera tú cuál estará el seso de estas gentes ahumado a toda hora de mistelas, aguardientes y rosolés. ¿Qué progresos? ¿Qué resoluciones dará un cerebro acalorado con estas lumbres? ¿Y qué discursos hará un talento agobiado con la pesadez de espíritus tan extraños? Los más juiciosos usan destempladamente de estos licores; y les ha puesto la razón tan roma, la inteligencia tan chata, el alma tan burda y el juicio con tantas lagañas, que creen que ya vive generalmente en todos moribundo el calor nativo, y que no se puede vivir sin atizar los estómagos con esta maldita yesca.

Juntos, don Diego y su maestro se pasan la obra abominando de los tiempos que corren y, efectivamente, muchas veces ponen el acento en la extensión de la afición a la bebida, que, como señalan otros autores que sitúan los inicios de la emancipación femenina en tales calendas¹³, no perdona a las hembras, que una vez alumbradas, se dedican —era de prever— a satisfacer otros desordenados apetitos.

... Corrían desguazados por los gatzates de las hembras los ríos de peralta¹⁴. Aquí fue donde no pudo enmudecer don Francisco y, volviéndose, me dijo:

¹³ V. por ejemplo, el clásico de Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Siglo XXI, 1972.

¹⁴ Metonimia por “vino de Peralta”, población de la ribera navarra.

—Este es el teatro donde me has representado con más viveza la corrupción de las costumbres de tu siglo. Basta el informe de este desordenado banquete para conocer el estado lamentable de las cosas. ¿Cuándo la moderación de las mujeres en España consintió tan destemplado desorden en el uso del vino? Ya creo que las hembras son apóstatas de la honestidad, cuando este licor es ídolo de sus apetitos. En mis tiempos era agravio de la pureza, no digo beberlo, sino el desearlo.

—El nuestro es tan infeliz —le dije al difunto—, que bendicen a Noé tan afectuosas las mujeres como los hombres. En nuestra era los infantes se crían a los pechos de las cubas, los jóvenes repiten el vino como el agua y las mujeres lo cuelean como el chocolate. Así se desmandan los antojos del animal, así se desenfrena el apetito, así son más intensos los ardores de la carne. Venus se abriga con la manta de Baco, y apenas se ve concurso de estos que no tenga desenvolturas de fiesta bacanal. Con este licor se avienta el fuego de la lujuria; úsanlo inmoderadamente las personas de uno y otro sexo; con él se les nubla el juicio, se descompone la gravedad, se introduce el desembarazo, se huye de la vergüenza que es la conservadora del recato; se entromete el retozo, se desenfrenan los labios, se da libertad a los ojos, se afloja la rienda a los afectos, y se abre el camino a todo linaje de inmodestia, liviandad y demasía.

Bien lo saben también nuestros jóvenes de hoy. Hace unas horas declaraba un veinteañero veraneante en las, supongo que procelosas, playas de Tarragona a un locutor radiofónico:

—Las extranjeras solo se enrollan con extranjeros. Las españolas, lo mismo. A los españoles solo nos cae alguna borracha.

Triste situación, pues, que no sé si será también debida a los efectos de la LOGSE o a las consecuencias de lo que aquí se trata. En fin, el capítulo “Las comidas y las cenas”, del que extraje la última cita, termina con una borrachera comunal, con toda la sala hecha “una zahúrda de mamarrachos, un pastelón de cerdos y un archipiélago de vómitos”.

BIBLIOGRAFÍA

- AGROMAYOR, Luis, *Tabernas de Madrid*, Barcelona, Lunwerg, 1991.
- ALONSO-FERNÁNDEZ, Francisco, *Alcoholdependencia. Personalidad del alcohólico*, Barcelona, Salvat-Masson, 1992.
- , *El talento creador*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- ÁLVAREZ-BUYLLA, Arturo, *El alcoholismo y la tuberculosis*, Oviedo, La Comercial, 1902.
- ANÓNIMO, *Bandos divertidísimos contra los borrachos y borrachas, en que se manifiestan las multas aplicadas a cada especie de borrachera*, Madrid, J. M. Mares, 1846.
- , *El vino en la literatura*, Madrid, Sindicato Nacional de la Vid, 1950.
- , *Dichos del buen beber*, San Sebastián, José Manuel Dueso Alarcón, 2003.
- BADER, J. P. y TOURTEAU, J. J., *Mieux connaître l'alcoolique*, Paris, La Coumentation française, 1979.
- BARREIRO, Javier, *Cruces de bohemia*, Zaragoza, Unaluna, 2001.
- BARRIÈRE, Hélène et Nathalie PEYREBONNE (eds.), *L'ivresse dans tous ses états en littérature*, Artois Presses Université, 2004.
- BAS, Juan, *Tratado sobre la resaca*, Madrid, Temas de Hoy, 2004.
- BECERRO, Ricardo, *Los viciosos*, Madrid, Luis de Diego, 1877.
- BERNALDO DE QUIRÓS, Constanancio y LLANAS AGUILANIEDO, José María, *La mala vida en Madrid*, Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, 1901.
- BOGANI MIQUEL, Emilio, *El alcoholismo, enfermedad social*, Barcelona, Plaza & Janés, 1975.

- BRENNAN, Thomas Edward, *Public Drinking and Popular Culture in Eighteenth-Century Paris*, Princeton, University Press, 1988.
- BRENOT, Philippe, *El genio y la locura*, Barcelona, Ediciones B, 1998.
- CABALLERO, Óscar (coord.), “Los libros del vino. Los alcoholes en la literatura”, *La literatura de las bodegas. Vinos y libros. Leer* núm. 138, diciembre 2002-enero 2003, pp. 53-118.
- CABALLERO BONALD, José Manuel, *Lo que sabemos del vino*, Madrid, G. del Toro, 1967.
- , *Breviario del vino*, Madrid, Mondadori, 1998.
- CAMPOS, Ricardo, *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*, Madrid, 1997.
- CAMPOS, Rubén M., *El Bar. La vida literaria en México en 1900*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1996.
- CANO, José Luis, *Los cuadernos de Velintonia. Conversaciones con Vicente Aleixandre*, Barcelona, Seix Barral, 1986.
- CARRÈRE, Emilio, “Los poetas borrachos”. En *El dolor en la literatura*, Madrid, Mundo Latino, s. f. (h. 1920), pp. 72-77.
- CHAMORRO, Eduardo, *Galería de borrachos*, Madrid, Penthalon, 1981.
- CHICOTE, Pedro, *El mundo bebe* (4.ª ed.), Madrid, Aguilar, 1972.
- COLUMELA, Lucio Junio Moderato, *Los doce libros de agricultura. (De re rustica)*, Barcelona, Iberia, 2010.
- CORREA RAMÓN, Amelina, “Pasajes de alcohol y bohemia en Rubén Darío, a través de los libros de memorias de Melchor Fernández Almagro, Cansinos-Assens y Felipe Sassone”. En Cristóbal Cuevas García (ed.), Enrique Baena (coord.), *Rubén Darío y el arte de la prosa. Ensayo, retratos y alegorías*, Madrid, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 1997, pp. 283-292.
- DARDIS, Thomas, *The Thirsty Muse: Alcohol and the American Writer*, Abacus Books, 1990.

- DÍAZ, Lorenzo, *Madrid. Tabernas, botillerías y cafés*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.
- DÍAZ-CAÑABATE, Antonio, *Historia de una taberna*, Madrid, Ediciones Lauro, 1945.
- DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de filósofos ilustres*, Barcelona, Iberia, 1962.
- DOMINGO, Xavier, *El vino trago a trago*, Madrid, Dédalo, 1980.
- DRAPER, Ramón, *Me llamo Ramón y soy alcohólico*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985.
- DUPONT, Florence, *La invención de la literatura*, Madrid, Debate, 2001.
- DUTCHMAN-SMITH, Victoria, *E. T. A. Hoffmann and Alcohol: Biography, Reception and Art*, London, Maney Publishing, 2010.
- ESCARABAJAL ARRIETA, María Dolores, “Alteraciones genéticas relacionadas con el alcoholismo”, *Revista de Neurología*, 2003; 37 (5): 471-480.
- FEUERLEIN, Wilhelm, *El alcoholismo*, Barcelona, Salvat, 1982.
- FOURNIER, Dominique, “Les boissons fermentées: une introduction” en *Informations sur les Sciences Sociales*, vol. 26, núm. 3, 1987.
- “Del mosto al cuba libre” en *El folk-lore andaluz*. Revista de cultura tradicional 2.^a época núm. 9, Sevilla, Fundación Machado, 1992, pp. 81-103.
- y S. D'ONOFRIO (eds.), *Le ferment divin*, Paris, Maison de la Recherche de Sciences de l'Homme, 1991.
- GALA, Antonio, *El vino divino*, Cofradía de la viña y el vino de Montilla, 1998.
- GARCI, José Luis, *Beber de cine*, Madrid, Nickel Odeón, 1997.
- GARCÍA ORTEGA, Adolfo, “El alcohol y la literatura. Viaje al corazón de la resaca”, *Leer*, 5, junio-septiembre 1986, pp. 54-58.
- GARCÍA VALERO, Vicente, “El vino en moda”, *El sexto todo lo charla*, Madrid, Tipografía Yagües, 1923, pp. 223-242.

- GATELY, Iain, *Drink. A Cultural History of Alcohol*, New York, Gotham Books, 2008.
- GÓMEZ PIN, Víctor, *De “usía” a “manía” (Vino y éxtasis)*, Barcelona, Anagrama, 1972.
- HAUKE BEA, María del Carmen, *Historia e historias del vino*, Zaragoza, Cuadernos del Ateneo núm. 2, 1988.
- JARNÉS, Benjamín, *La taberna por vecina*, México, EDIAPSA, 1940.
- JÁUREGUI EZQUIBELA, Íñigo, *De la bodega al merendero. El valor social de las bodegas tradicionales en la Comarca Alta de la Rioja*, Logroño, Piedra de Rayo, 2003.
- , *El vino riojano... remueve el sayal y empina el gusano. Ensayo sobre la embriaguez de la mujer*, Logroño, Piedra de Rayo, 2004.
- JIMÉNEZ MORATO, Antonio, *Mezclados y agitados. Algunos escritores y sus cócteles*, Barcelona, Debolsillo, 2012.
- JURADO, Augusto, *Los refranes del vino y de la vid*. Madrid, CG, 1998. Recopilados por...
- , *Las voces del vino y de la vid*. Madrid, CG, 2001. Recopiladas por...
- KNAPP, Caroline, *El alcohol y yo: una historia de amor*, Barcelona, Ediciones B, 1997.
- LACROIX, Alexandre, *Se noyer dans l'alcool?*, Paris, Presses Universitaires de France, 2001.
- LEJARZA, Fidel de, “Las borracheras y el problema de las conversiones en Indias”, Separata (no indica fuente), págs. 111-142 y 229-269, Madrid, 1941.
- LEONARD, Linda Schierse, *Witness to the Fire: Creativity and the Veil of Adiction*, Boston, Shambala, 1990.
- LISSARRAGUE, François, *Un flot d'images. Une esthétique du banquet grec*, Paris, Adam Biró, 1987.

- LÓPEZ DE CORELLA, Alfonso, *Las ventajas del vino (de vini commodatibus)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1979.
- LÓPEZ PELÁEZ, Antolín, *El alcoholismo ante la religión y la ciencia*, Madrid, Lib. Gregorio del Amo, 1913.
- LOZANO, Indalecio (ed.), *Solaz del espíritu en el hachís y el vino y otros textos árabes sobre drogas*, Granada, Universidad de Granada, 1998.
- LUENGO TEIXIDOR, Jordi, “De la taberna a la sociabilidad popular: Ocio y sociabilidad donostiarra en la primera mitad del siglo XIX (1813-1863)” en CASTELLS, Luis (Ed.): *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco Contemporáneo*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1999, pp. 55-76.
- LUJÁN, Néstor, “Historia de la cerveza”, *Historia y vida* núm. 93, diciembre 1975, pp. 66-81.
- MARTIN, Scott C. (Ed.), *The SAGE Encyclopedia of ALCOHOL. Social, Cultural and Historical Perspectives*.
- MARTÍN DEL OLMO, Agustín, “El vino en el Siglo de Oro”, *Historia y vida* núm. 105, diciembre 1976, pp. 26-38.
- MATA PARREÑO, Consuelo, PÉREZ JORDÁ, Guillem e IBORRA ETES, María Pilar, *El vino de Kelin*, Valencia, Universidad de Valencia-Consejo Regulador de la Denominación Utiel-Requena, 1997.
- MILFORD, Nancy, *Savage Beauty: The Life of Edna St. Vincent Millay*, New York, Random House, 2001.
- McGOVERN, Patrick E., *Ancient Wine. The Search for the Origins of Viniculture*, Princeton, University Press, 2003.
- NAHOUM-GRAPPE, Véronique, *La culture de l'ivresse*, s. l., Quai Voltaire, 1991.
- NAVARRO, Justo, *F*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- NOURRISSON, Didier, *Crus et cuites, Histoire du buveur*, Paris, Perrin, 2013.

- PALENQUE, Marta, “El ‘Hada verde’ en la poesía modernista. Algunos ejemplos españoles”, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bma/j69d3>
- PAN-MONTOJO, Juan, *La bodega del mundo. La vid y el vino en España (1800-1936)*, Madrid, Alianza, 1994.
- PEELE, Stanton, *How Much is Too Much: Healthy Habits or Destructive Addictions*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1981.
- , *The Meaning of Addiction: Compulsive Experience and Its Interpretation*, Lexington, Lexington Books, 1985.
- , *Visions for Addiction: Major Contemporary Perspectives on Addiction and Alcoholism*, Lexington, Lexington Books, 1988.
- , *The Meaning of Addiction: an Unconventional View*, San Francisco, Jossey Bass Publishers, 1998.
- , *Alcohol and Pleasure: a Health Perspective*, Philadelphia, Brunner/Mazel, 1999.
- , *7 Tools to Beat Addiction*, New York, Three Rivers Press, 2004.
- PIERCE, Gretchen y TOXQUI, Áurea (Eds.), *Alcohol in Latin America. A Social and Cultural History*, Tucson, The University of Arizona Press, 2014.
- PIGA, Antonio y MARINONI, Aguado, *Las bebidas alcohólicas. El alcoholismo*, Barcelona, Sucesores de Soler, s. f. (h. 1907).
- QUINTANILLA, Luis, “Pasatiempo”. *La vida de un pintor. Memorias*, La Coruña, Ediciós do Castro, 2004.
- RAMOS SANTANA, Alberto, “La sociabilidad y el vino: las tabernas” en *Solera. Exposición sobre los vinos de nuestra tierra*, Cádiz, Junta de Andalucía, 1992.
- REICHHOLF, Josef H., *¿Por qué se inventó la agricultura?*, Barcelona, Crítica, 2009.
- REVILLA ARGÜESO, Ángel, *Vino y poesía*, Bogotá, Publicaciones, S. A., 1966.

- ROMERO, Luis, *El libro de las tabernas de España*, Barcelona, AHR, 1956.
- SABAT, Hermenegildo, *Abstemios, abstenerse. Inventario parcial de alcohólicos conocidos*, Buenos Aires, Vocación, 2004.
- SÁNCHEZ SALAS, Bernardo, *El vino en el cine*, Logroño, Dinastía Vivanco, 2007.
- SANFELIÚ BRUCART, Jacinto, *El bar. Evolución y arte del cocktail*, Madrid, 1949. Prólogo de Carlos Sentís. Epílogo de Luis María de Zunzunegui. Contiene “El vino en la medicina por el Dr. Orlando Ortega”.
- SANGRO Y ROS DE OLANO, Pedro, *Estudio sobre el alcoholismo y males que ocasiona al individuo, a la familia y a la sociedad*, Madrid, 1904. Desglosado de *La España Moderna* núm. 207, pp. 47-71.
- SELLERS, Robert, *Hellraisers: The Life and Inebriated Times of Richard Burton, Richard Harris, Peter O'Toole, and Oliver Reed*, New York, St. Martins Griffin, 2009.
- SERRANO, Carlos, “Le vin du prolétaire. Alcool et sociabilité ouvrière en Espagne à la fin du XIXe. Siècle”, en CARRASCO, Raphaël (ed.): *Solidarités et sociabilités en Espagne (XVIe-XXe siècles)*, Besançon, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 1991, pp. 371-389.
- SUÁREZ BLANCO, Germán, *Léxico de la borrachera*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1989.
- TAVERNIER, María Luisa, *El vino y las letras. La uva pródiga*, México, Diana, 1994.
- TAYLOR, Anya, *Bacchus in Romantic England: Writers and Drink, 1780-1830*, New York, St. Martin's Press, 1999.
- TEJERO GARCÍA-TEJERO, Juan, *El método Smirnoff*, Madrid, Bookland Press, 2016.
- TOBAJAS GALLEGO, Francisco, “El vino en algunos cuentos aragoneses”, *Trébede* núm. 56, octubre 2001, pp. 28-33.

- TORRES, Mauro, *Las grandes compulsiones*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- URÍA, Jorge, “La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la Restauración Española”, *Hispania* LXIII/2, núm. 214, 2003.
- VAILLANT, George E., *Natural History of Alcoholism*, Cambridge, Harvard, 1983.
- VALLEJO-NÁGERA, Antonio, *Locos egregios* (2.ª ed.), Barcelona, Salvat, 1953, pp. 209-247.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, “Posdata: Elogio sentimental de la Bombai” en *El escriba sentado*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 187-190.
- VV. AA., *Sociedad y alcoholismo*, Madrid, Documentación social, 1979.
- , *Enciclopedia del vino. Enología, viticultura y cata*, Barcelona, Orbis, 1987. 18 volúmenes.
- , “La musa líquida”. *El Urogallo* n.º 91, diciembre 1993.
- , “High Blood Alcohol Levels in Women”, *The New England Journal of Medicine*, vol. 322, núm. 2, pp. 95 y ss. <http://www.nejm.org/doi/full/10.1056/NEJM199001113220205#t=article>
- VEGA, Luis Antonio de, *Guía vinícola de España*, Madrid, M. Bolaños y Aguilar-Editora Nacional, 1958.
- WACHENDORF, Flohr vom, *La gran plaga*, Barcelona, Labor, 1959, pp. 252-288.
- WIESENTHAL, Mauricio, *Diccionario Salvat del vino*, Barcelona, Salvat, 2002.
- , *Beber para contarlo*, Barcelona, La otra orilla, 2009.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA*

- Ignacio Aldecoa, *Con el viento solano*, Barcelona, Planeta, 1962.
- Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, *Los borrachos*, Madrid, Florencio Fiscowich, 1899.
- Kingsley Amis, *On Drink*, London, Jonathan Cape, 1972.
- , *Every Day Drinking*, London, Hutchinson, 1983.
- , *How's is Your Glass? A Quizzical Look at Drinks and Drinking*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1984. Recogidas en *Sobrebeber*, Barcelona, Malpaso, 2014.
- Honoré de Balzac, *Tratado de los excitantes modernos*, Palencia, Menoscuarto, 2009.
- Carlos Barral, *Años de penitencia*, Madrid, Alianza, 1975.
- , *Los años sin excusa*, Barcelona, Barral, 1978.
- , *Los diarios (1957-1989)*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993.
- Charles Baudelaire, *Los paraísos artificiales*, Madrid, Cátedra, 1986.
- Adolfo Bioy Casares, *El sueño de los héroes*, Buenos Aires, 1954.
- Eduardo Blanco-Amor, *La parranda*, Madrid, Júcar, 1973.
- Antoine Blondin, *Un mono en invierno*, Buenos Aires, Plaza & Janés, 1960.

* En el caso de las obras no escritas en español doy ediciones traducidas accesibles cuando las conozco.

- Augusten Burroughs, *En el dique seco*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- Joaquín Castellanos, *El temulento*, Buenos Aires, H. A. Tommasi, s. f. (h. 1924).
- Abelardo Castillo, *El que tiene sed*, Buenos Aires, Emecé, 1985.
- Blaise Cendrars, *Trotamundear*, Madrid, Alianza, 2004.
- Kenneth Galbraith Chesterton, *La taberna errante*, Madrid, Acuarela, 2004.
- Venedikt Erofejev, *Moscú-Petushki*, Barcelona, Marbot, 2010.
- Hans Fallada, *El bebedor*, Seix Barral, 2012.
- John Fante, *Hermanos de vino*, Barcelona, Argos-Vergara, 1977.
- Juan García Hortelano, *El gran momento de Mary Tribune*, Barcelona, Barral, 1972.
- Manuel Halcón, *La gran borrachera*, Madrid, Cid, 1954.
- Eduardo Haro y Joaquín Aznar, *El club de la alegría*, Madrid, Sociedad de Autores Españoles, 1914.
- Marek Hlasko, *El octavo día de la semana*, Barcelona, Luis de Caralt, 1959.
- John Huston, *A libro abierto*, Madrid, Espasa, 1986.
- Charles Lamb, *Confessions of a drunkard*, 1854.
- Laurie Lee, *Cuando partí una mañana de verano*, Madrid, Turner, 1985.
- Percy Wyndham Lewis, *Estallidos y bombardeos*, Madrid, Impedimenta, 2008.
- Charles David Ley, *La costanilla de los diablos (Memorias literarias 1943-1952)*, Madrid, José Esteban, 1981.
- Jack London, John Barleycorn. *Las memorias alcohólicas*, Madrid, Legasa, 1987.
- José López Ruiz, *Romances del pícaro anticuario*, Madrid, Autor, 1974.

- Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, Barcelona, Tusquets, 1997.
- Lucio Victorio Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1942.
- Fernando Marías, *El mundo se acaba todos los días*, Madrid, Alianza, 2006.
- Mario Marín, *El color de las pulgas*, Ediciones del Viento, La Coruña, 2015.
- John O'Brien, *Adiós a Las Vegas*, Barcelona, Muchnik, 1996.
- Guillermo Osorio, *El perro azul* (cuentos), Madrid, Aguacantos, 1981.
- Jesús Pardo, *Autorretrato sin retoques*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- Jerzy Pilch, *Casa del ángel fuerte*, Barcelona, Acantilado, 2004.
- Pablo Ramos, *Hasta que puedas quererte*, Madrid, Alfaguara, 2016.
- Julio Ramón Ribeyro, *La palabra del mudo* (cuentos) 2 vols., Lima, Milla Batres, 1973.
- Claudio Rodríguez, *Don de la ebriedad*, Madrid, Rialp, 1953.
- Rodolfo Serrano, *Especial para cócteles*, Exlibris, Madrid, 1998.
- Hunter S. Thompson, *Miedo y asco en Las Vegas*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- , *El diario del ron*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- Miguel Torga, *Vindimia*, Coimbra Editora, 1945.
- Amos Tutuola, *El bebedor de vino de palma*, Madrid, Júcar, 1974.
- François Vignes, *La Confrèrie des bistroglyodytes*, Paris, Le Cherche Midi, 2004.
- Fiacro Yrayzoz, *¡La maldita bebida!*, Madrid, La Novela Cómica núm. 175, 12 octubre 1919.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Aben Quzman, 44
Aceves Mejías, Miguel, 114
Adán, Joaquín, 77
Affleck, Ben, 17
Alaiz, Felipe, 251
Alarcón, Rafael, 82
Alcántara, Manuel, 84
Alcázar, Baltasar de, 50, 51, 213
Aldecoa, Ignacio, 88
Aldije, Juan, 243
Aleixandre, Vicente, 68, 90, 118
Alejandro el Magno, 27
Alem, Leandro, 111
Alfaro Siqueiros, David (V. Siqueiros, David Alfaro), 144
Alfonso XIII, 115
Allende, Salvador, 109
Almanzor, 34
Alonso, Dámaso, 63, 85, 89, 95, 196, 204
Alonso, Eduardo, 84, 85, 120
Alonso-Fernández, Francisco, 57, 199, 253
Altadill, Ángel, 234
Álvarez, José María, 64, 96
Amis, Kingsley, 206, 207, 261
Amis, Martin, 206, 207
Anacreonte, 41
Anacarsis Escita, 14
Anderson, Sherwood, 148
Andrea, Yann, 188
Angelini, cardenal, 38
Anger, Kenneth, 165, 170
Annunzio, Gabriel d', 81
Antígono, 14
Aparicio Reyes, Clara Angelina (esposa de Juan Rulfo), 124
Arbuckle, Roscoe "Fatty", 166
Arcipreste de Hita, 45
Arensberg, Conrad, 182
Aristófanes, 13
Aristóteles, 57
Ariza, Miguel (personaje de *El mundo se acaba todos los días* de Fernando Marías), 107
Arlt, Roberto, 113
Armstrong, Lance, 169
Armstrong, Louis, 170
Arrabal, Fernando, 133
Arrechabala, 79
Artaud, Antonin, 175
Asenjo Roldán, José, 84
Auden, Wystan Hugh, 153, 154, 206
Avieno, 30
Ayguals de Izco, Wenceslao, 235
Azcoaga, Enrique, 205
Azcona, Rafael, 84, 85, 86
Aznar, Abel, 113
Azorín (José Martínez Ruiz), 133

- Baco, 21, 42, 49, 53, 103, 117
 Balfour, Sir John, 68
 Bancroft, George, 96, 167
 Banuet, Pancho, 121
 Barba Jacob, Porfirio (Seudónimo de Miguel Ángel Ossorio), 144
 Barleycorn, John (personaje de la novela homónima de Jack London), 262, 140
 Baroja, Pío, 25, 78, 80, 84, 106, 204
 Barral, Carlos, 64, 100, 101, 102, 105, 179, 190, 261
 Barrantes, Pedro, 71, 240, 241
 Barreiro, Javier, 22, 71, 94, 253
 Barrymore, John, 171
 Bas, Juan, 252, 253
 Baudelaire, Charles, 57, 58, 60, 61, 62, 98, 177, 185, 242, 261
 Beckett, Samuel, 198
 Behan, Brendan, 132, 207, 209
 Behety, Nicolás, 111
 Bellow, Saul, 12
 Belmondo, Jean-Paul, 189
 Ben-ammi (personaje bíblico), 24
 Benchley, Robert, 155
 Benet, Juan, 64, 88, 104, 105, 149
 Béraud, Jean, 178
 Berkeley, Busby, 167
 Berlin, Buddy, 158
 Berlin, Lucia, 158
 Bernaldo de Quirós, Constancio, 249, 253
 Beroaldo, Philippo, 234
 Berryman, John, 100, 137
 Bierce, Ambrose, 139
 Bierce, Laura, 139
 Bierce, Marcus, 139
 Bioy Casares, Adolfo, 127, 261
 Blackwood, Basil, 211
 Blackwood, Caroline, 211
 Blanch, Jaime, 209
 Blanco-Amor, Eduardo, 60, 261
 Blasco Ibáñez, Vicente, 250
 Blondin, Antoine, 189, 261
 Bloom, Harold, 155
 Blotner, Joseph, 149
 Boetticher, Budd, 167
 Bofill, Mireia, 135
 Bogart, Humphrey, 166
 Boissevain, Eugen, 145
 Bolívar, Simón, 245
 Bompiani, Valentino, 180
 Bonaparte, Marie, 57
 Bordonaba, Eugenio, 227
 Borges, Jorge Luis, 27, 65
 Borrás, Tomás, 96
 Boswell, John, 195, 196
 Bourgeois, M., 57
 Bow, Clara, 169
 Brady, Frank, 195
 Brando, Marlon, 154
 Brecht, Bertolt, 181
 Brenan, Gerald, 203
 Brennan, Thomas, 15, 254
 Bronsen, David, 178
 Brooks, Louise, 168
 Browning, Tod, 167
 Bryce Echenique, Alfredo, 64, 126
 Buck, Pearl S., 12
 Bukowski, Charles, 17, 132, 133, 134, 159

- Buñuel, Luis, 167, 171
 Burgaz, Eduardo, 225
 Burgess, Anthony, 9, 151, 193, 194
 Burroughs, Augusten (seudónimo de Christopher Robison), 162, 262
 Burroughs, William, 132
 Burton, Agnes, 142
 Burton, Richard, 167, 194, 259
 Byron, George Gordon, Lord, 69
 Caba, Rubén, 26
 Caballero Bonald, José Manuel, 105, 106, 120, 254
 Cabañero, Eladio, 93, 94
 Cabrera Infante, Guillermo, 126, 170
 Caffarena, Ángel, 97
 Cage, Nicolas, 162
 Caine, Michael, 168
 Calder, Arthur, 140
 Calder, Ian, 251, 252
 Caldwell, William (biólogo), 27
 Cam (personaje bíblico), 24
 Campbell, Roy, 202, 203, 206
 Campos, Rubén M., 121, 122, 254
 Camus, Marcel, 209
 Canitrot, Prudencio, 77
 Cano, José Luis, 68, 89, 90, 91, 119, 254
 Capote, Truman, 64, 156, 157, 158
 Caralt, Luis de, 190, 262
 Carlos el Malo, 34
 Carmen (tabernera), 226
 Carpenter, Menta, 149
 Carranza, Eduardo, 85, 118, 119, 120
 Carranza, María Mercedes, 119
 Carrère, Emilio, 79, 84, 241, 243, 254
 Carriedo, Gabino Alejandro, 84
 Carson, Lula (Seudónimo de Carson McCullers), 153, 154, 155
 Caruso, Juan Andrés, 112
 Carver, Raymond, 133, 134, 136, 159
 Casas, Ramón, 75
 Cassavetes, John, 172
 Castellanos, Joaquín, 110, 111, 262
 Castellet, José María, 101
 Castillo, Abelardo, 60, 128, 262
 Castillo, Cátulo, 114
 Castillo, Pelayo del, 71
 Castro, Fidel, 127
 Catarineu, Ricardo José, 77
 Cavia, Mariano de, 22, 64, 77, 78, 98, 216
 Cela, Camilo José, 92, 204
 Celan, Paul, 100
 Celaya, Gabriel, 96
 Celestina (personaje literario), 42, 45
 Céline, Louis Ferdinand, 134
 Cendrars, Blaise, 183, 184, 185, 262
 Ceriani, Cecilia, 162
 Cernuda, Luis, 68
 Chacón, Antonio (copista), 49
 Chamisso, Adalbert von, 174
 Chandler, Raymond, 64, 165
 Chaplin, Charles, 142
 Chaucer, Geoffrey, 38
 Cheever, Fred, 136

- Cheever, John, 100, 136, 137
 Chesterton, Kenneth Galbraith, 218, 262
 Chocano, José Santos, 117
 “Cienhigos” (personaje popular madrileño), 250
 Cisneros, Antonio, 126
 Citkowitz, Israel, 211, 212
 Clark, Gregory, 150
 Clarke, Arthur C., 132
 Claver, Queta, 208
 Cleóbulo (efebo), 42
 Cleopatra, 170, 194
 Clift, Montgomery, 166
 Cohen, Leonard, 132
 Coleridge, Samuel Taylor, 196, 198
 Colón, Cristóbal, 36
 Colon, Jenny, 176
 Columela, Lucio Junio Moderato, 32, 239, 254
 Condell, Henry, 195
 Connolly, Cyril, 212
 Contursi, Pascual, 112
 Cooper, Gary, 169
 Cor, John, 35
 Correa, Amelina, 76, 254
 Costa Oliveri, Raúl, 111
 Costafreda, Alfonso, 98, 100, 101
 Cotarelo, Antonio, 63
 Cote Lamus, Eduardo, 120, 168
 Couto, Bernardo, 121
 Cowley, Malcolm, 143
 Cowley, Peggy, 143
 Crane, Hart, 100, 142, 143, 144
 Cravan, Arthur (seudónimo de Fabian Avenarius Lloyd), 182, 183
 Crisipo, 13
 Cristo, 25, 44
 Crowe, Russell, 167
 Cruikshank, George, 250
 Cuenca, Josep Maria, 99, 222
 Curutchet, Juan Carlos “Tito”, 93
 Dalmau, Miguel, 101
 Damme, Jean Claude van, 17
 Dantisco, Lucas, 13
 Darío, Rubén (seudónimo de Félix Rubén García Sarmiento), 75, 76, 82, 109, 115, 116, 178, 216, 254
 David (rey), 24
 Davis jr., Sammy, 166
 Davis, Lydia, 159
 Degas, Edgar, 178
 Deleito y Piñuela, José, 217
 Delgado, Luis María, 92
 Descartes, René, 41
 Desmond (periodista), 209
 Díaz Mirón, Salvador, 117, 121
 Díaz-Cañabate, Antonio, 230, 255
 Dicenta, Joaquín, 71, 73, 74, 77, 216, 251
 Dicenta, José Fernando, 84
 Dickens, Charles, 250
 Diego, Gerardo, 119
 Diógenes Laercio, 13, 255
 Dionisos, 20, 21, 27, 28, 29
 Discépolo, Enrique Santos, 112
 Ditzen, Rudolf (V. Fallada, Hans), 186
 Diver, Dick (personaje literario de Suave es la noche de Scott Fitzgerald), 67

- Domecq, Familia, 251
 Don Quijote (personaje literario), 85
 Donne, John, 62
 Donoso, José, 126
 Dostoievski, Fedor, 245
 Dr. Atl (Gerardo Murillo), 122
 Dr. Gonzo (personaje de Miedo y asco en Las Vegas de H. J. Thompson), 161
 Drake, Temple (personaje literario de Santuario de W. Faulkner), 67
 Dubied (destilador de absenta), 177
 Ducazcal, Felipe, 214
 Duchamp, Marcel, 182
 Duke (personaje literario de Miedo y asco en Las Vegas de H. J. Thompson), 161
 Dupont, Florence, 29, 255
 Duras, Marguerite, 188
 Dutchman-Smith, Victoria, 175, 255
 Dylan, Bob (Robert Allen Zimmerman), 175, 255
 Dyonisos, 186
 Edwards, Blake, 172
 Edwards, Jorge, 109, 126
 Efraín (personaje bíblico), 25
 El Caballero del Bosque (personaje del Quijote), 46
 Eliot, Thomas Stearn, 12, 93, 200
 Engels, Friedrich, 245
 Epstein, Pearl, S., 59
 Ernesto de Hannover, 17
 Erofeyev, Venedikt, 191, 192, 262
 Escarabajal Arrieta, María Dolores, 239, 255
 Esmerdis (efebo), 42
 Espinel, Vicente (Vicente Gómez Martínez-Espinel), 47
 Estebanillo González (personaje literario), 49, 50
 Estrabón, 30
 Evans, Walter, 212
 Evtuchenko, Eugene, 132
 Faelli, Benedictus Hectoris, 234
 Fairbanks, Douglas, 169
 Fallada, Hans (seudónimo de Rudolf Ditzen), 186, 262
 Falstaff (personaje shakespeariano), 38, 194, 195
 Fante, John, 134, 147, 159, 262
 Farmer, Frances, 168
 Faulkner, Estelle, 148
 Faulkner, William, 12, 67, 147, 148, 149, 155
 Fedro (personaje de Platón), 55
 Fellini, Federico, 224
 Fernán Gómez, Fernando, 92
 Fernández, Indio (Emilio Fernández Ramo), 167
 Ferrater, Gabriel, 85, 98, 100, 190
 Figgis, Mike, 162, 172
 Finch, Peter, 168
 Fitzgerald, Francis Scott, 67, 137, 145, 146, 188
 Fitzgerald, Scootie (hija del escritor), 146
 Fitzgerald, Zelda (Zelda Sayre, esposa del escritor), 67, 146
 Fleta, Miguel, 169

- Florentina (criada de Charles David Ley), 205
- Flores, Celedonio Esteban, 114
- Flórez, Rafael, 79
- Flynn, Errol, 167, 171
- Ford, Henry, 247
- Francisco I (rey de Francia), 236
- Francisco II (Papa), 26
- Franco, Francisco, 71, 150, 208, 225
- Frank, Waldo, 144
- Frankenheimer, John, 137
- Freud, Lucien, 211
- Freud, Sigmund, 245
- Fuentealba, Marcela, 196
- Fuentes, Carlos, 139
- Gabin, Jean, 189
- Gálvez, Pedro Luis, 71, 251
- Gamallo Fierro, Dionisio, 85
- Gaos, Vicente, 89
- Garbo, Greta, 169
- García (criado de Mariano de Cavia), 22
- García Berlanga, Luis, 224
- García Hortelano, Juan, 88, 262
- García Lorca, Federico, 202
- García Nieto, José, 204, 205
- Gardel, Carlos, 112
- Gardner, Ava, 167, 171
- Garfias, Pedro, 89, 95, 96
- Gargantúa (personaje literario), 46, 173
- “Garibaldi” (personaje popular madrileño), 250
- Gately, Iain, 177, 256
- Gatsby (personaje del *El gran Gatsby* de Fitzgerald), 146, 147
- Gauguin, Paul, 178
- Gauna, Emilio (personaje de *El sueño de los héroes* de Bioy Casares), 127
- Gautier, Théophile, 175
- Gil Bera, Eduardo, 80
- Gil de Biedma, Jaime, 98, 99, 101, 190
- Gil Vicente, 185
- Gilbert, John, 169, 171, 172
- Gilgamesh, 24
- Gilliam, Terry, 161
- Gobello, José, 114
- Goethe, Wolfgang, 17, 175
- Gogol, Nikolai, 66
- Goicoechea, Eugenio Ramón de, 104, 105
- Goll, Claire, 183, 198
- Gómez Carrillo, Enrique, 75, 82, 178
- Gómez de la Serna, Ramón, 74, 79, 80, 175
- Gómez, Hamlet, 77
- Góngora, Luis de, 49, 92, 277
- González, Ángel, 105
- González Harbour, Berna, 107
- González Martínez, Enrique, 121
- González Ruano, César, 85
- Goodman, John, 161
- Goodwin, D. W., 12
- Goytisoló, José Agustín, 98
- Goytisoló, Juan, 49, 101, 105
- Graham, Sheila, 147
- Griffith, Melanie, 17, 171
- Griffith, D. W., 165

- Grimm, Hermanos, 186
 Grosso, Alfonso, 97, 98
 Grosz, George, 181
 Groux, Henri de, 116
 Grover, Lawrence, 158
 Guelbenzu, José María, 184
 Guggenheim (Beca), 143
 Guinness, Maureen, 211
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 121
 Gutiérrez Solana, José, 79
 Haffner (personaje de *Los siete locos* de Arlt), 113
 Halcón, Manuel, 91, 262
 Hallstrom, Per, 11
 Hamer, Ben, 172
 Hammett, Dashiell, 165
 Hamsun, Knut, 11, 188
 Hardy, Thomas, 66
 Harris, Richard, 167, 168, 259
 Hasek, Yaroslav, 180
 Hawks, Howard, 149
 Hayworth, Rita (seudónimo de Margarita Cansino), 168
 Heminges, John, 195
 Hemingway, Ernest, 12, 17, 60, 134, 137, 149, 150, 151, 152, 155, 158, 171, 199, 200
 Hemingway, John Hadley Nicamor, 150
 Hemingway, Pauline, 150
 Henchard (personaje de El alcalde de Casterbridge de Thomas Hardy), 66, 67
 Hendrix, Jimmy, 132
 Hércules, 47
 Herodoto, 25
 Herralde, Jorge, 102
 Hierro, José, 94
 Hipólito (mayordomo), 23
 Hitler, Adolf, 245
 Hlasko, Marek, 189, 190, 262
 Hoffmann, Theodor Amadeus, 65, 174, 178, 255
 Homero, 27, 28
 Horacio, 29
 Houssaye, Arsène, 175
 Huston, John, 154, 166, 172, 212, 262
 Ibarregüengoitia, Jorge, 95, 124
 Icaza, Jorge, 129
 Iglesias Hermida, Prudencio, 77
 Infante, Pedro, 114
 Iván III (zar de Rusia), 190, 238
 Jafet (personaje bíblico), 24
 Jakobson, Roman, 63
 James, Henry, 158
 Jarnés, Benjamín, 213, 256
 Jarry, Alfred, 62, 176
 Jáuregui Ezquibela, Iñigo, 23, 256
 Jeffs, Rae, 207
 Jehová, 22
 Jenkins, Kathleen, 141
 Jerónimo (jefe apache), 26
 Jiménez, Juan Ramón, 119
 Jiménez, María, 17
 Johns, Tony, 245
 Johnson, Jack, 182
 Johnson, Samuel, 195
 Joplin, Janis, 132
 José Mari (tabernero), 224
 Jovi, John Bon, 132
 Joyce, James, 198, 199, 200

- Juaristi, Jon, 133, 134
 Jung, Carl Gustav, 198
 Juvenal, 23
 Kerouac, Jack, 131, 134, 137
 Keulks, Gavin, 206
 Khayyam, Omar, 42, 44
 King, Stephen, 68
 Klinke, Otto, 174
 Labrunie, Gérard, 175
 Lada, Josef, 181
 Laertes (personaje mitológico), 28
 Lagërlof, Selma, 11, 188
 Laing, Olivia, 137
 Lake, Veronica, 168
 Lamb, Charles, 196, 197, 198, 262
 Lamb, Mary Ann, 198
 Lancaster, Burt, 137
 Lautréamont, Conde (seudónimo de Isidore Ducasse), 62
 Lawford, Peter, 166
 Leandro (personaje mitológico), 49
 Leduc, Alberto, 122
 Lee, Laurie (seudónimo de Laurence Edward Alan), 201, 203, 262
 Leigh, Vivien, 168
 Lélut, Louis-Françisque, 13
 Lenin, 218
 León Felipe (seudónimo de Felipe Camino García de la Rosa), 144
 León, doctor, 78
 Lesmes (luchador), 227
 Levi-Strauss, Claude, 64
 Lewis, Percy Wyndham, 199, 200, 262
 Lewis, Sinclair, 12, 140
 Ley, Charles David, 202, 203, 204, 205, 262
 Leyda, Rafael, 77
 Lezcano, Jesús, 104
 Lichtenberg, Georg Christoph, 139
 Limendoux, Félix, 77
 Lincoln, Abraham, 146
 Linder, Max, 166
 Li Po, 14
 Liz (mujer de Dylan Thomas), 59
 Llanas Aguilaniedo, José María, 249, 250, 253
 Llovet, Ricardo, 107
 Loeffler, Leopold, 174
 London, Jack (seudónimo de John Griffith), 36, 37, 67, 140, 143, 262
 Longen, Emil Artur, 181
 Lope de Vega, 63
 López Bago, Eduardo, 249
 López Ruiz, José, 96, 262
 Losey, Joseph, 126
 Lot, 24, 27
 Lowell, Robert, 211
 Lowry, Malcolm, 59, 60, 126, 263
 Loy, Mina, 183
 Loyola, Javier, 209
 Lozano, Alberto, 243
 Lucio Pisón, 29
 Ludwig, V. A. D., 57, 181
 Lugones, Leopoldo, 110, 122
 Lulio, Raimundo, 34

- Lupus (copista medieval), 44
 Machado, Antonio, 16, 84, 85
 Machado, Manuel, 74, 81, 82, 178, 216
 Machlin, Milt, 152
 Madame Pimentón (personaje popular madrileño), 250
 Maddox, Brenda, 211
 Magallanes, 38
 Mahoma, 34
 Mailer, Norman, 64
 Mallarmé, Stephane, 62
 Manet, Édouard, 178
 Mann, Erika, 153
 Mann, Klaus, 153
 Mann, Thomas, 153
 Manolito el Pollero (Manuel Fernández Sanz), 84
 Mansilla, Lucio Victorio, 26, 263
 Manso (criado de Mariano de Cavia), 22
 Manzi, Homero, 114
 Maples Arce, Manuel, 144
 Maragall, 17
 Marañón, Gregorio, 85
 Marcella (amiga del poeta Marcial), 31
 Marcial (poeta hispano-latino), 31
 Marcó, Héctor, 113
 Marcos de Obregón (personaje literario de Vicente Espinel), 47
 María Parda (personaje literario de Gil Vicente), 185
 Marías, Fernando, 107, 263
 Marín, Mario, 69, 263
 Marquerie, Alfredo, 92
 Marquesán, Luis, 99, 102
 Marquina, Pedro, 71
 Marsá, Ángel, 233
 Marsé, Juan, 99, 190
 Martín Gaite, Carmen, 52
 Martín Santos, Luis, 88, 105
 Martin, Dean, 166
 Martinell, César, 233
 Martínez de Pisón, Javier, 212
 Martínez Ramis, Manuel, 84
 Martínez Rivas, Carlos, 117, 118
 Marx, Karl, 245
 Marzo, Antonio, 241, 253
 Masoliver Ródenas, Juan Antonio, 161
 Mastretta, Ángeles, 87
 Matías (personaje de Tiempo de silencio de Luis Martín Santos), 105
 Matute, Ana María, 104, 105
 Maura, Antonio, 87
 Maura, Carmen, 208
 Maura, Duque de (Gabriel Maura Gamazo), 87
 Maura, Julia, 87
 Maurois, André, 57
 McCullers, Carson, 153, 155
 McCullers, Reeves, 153
 McCullough, Colleen, 87
 McGovern, Patrick, 20, 257
 Mejía Sánchez, Ernesto, 117
 Meller, Raquel (seudónimo de Francisca Marqués), 76
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 63, 165
 Mercurio (dios mitológico), 117

- Merlo, Franck, 156
 Midas (rey), 20
 Millay, Edna St. Vicent, 145, 257
 Miller, Arthur, 132
 Mingote, Antonio, 84, 86
 Mitchum, Robert, 166
 Moab (personaje bíblico), 24
 Modigliani, Amadeo, 184
 Monterroso, Augusto, 118
 Montesinos, Rafael, 205
 Montestruc, Joaquín, 77
 Moreno-Ruiz, José Luis, 170
 Morrison, Toni, 12
 Muelas, Federico, 84
 Munch, Edvard, 178
 Muñoz Lopera, José, 243
 Mur Oti, Manuel, 85
 Murillo, Gerardo (V. Dr. Atl), 122
 Musset, Alfred de, 81
 Musso, Angelo (personaje de *La cofradía de la uva* John Fante), 81
 Nabokov, Vladimir, 132, 158
 Napoleón, 33, 169
 Navarro, Justo, 98, 257
 Neruda, Pablo, 109
 Nerval, Gérard de, 175, 178
 Nervo, Amado, 121
 Nicolás II (zar de Rusia), 190, 238
 Nietzsche, Friedrich, 251
 Nitty Gritty Dirt (grupo musical norteamericano), 162
 Nobel, Alfred, 189
 Nobel, Premio, 11, 12, 67, 92, 93, 131, 140, 141, 142, 147, 149, 188
 Noé, 24, 27, 53, 214
 Noel, Eugenio, 71, 216
 Nogueira, Fernando António, 185
 Nogués, Xavier, 233
 Novello Torcuato, 29
 Nozdriov (personaje literario de *Las almas muertas* de Gogol), 66
 O. Henry (William Sidney Porter), 131
 O'Brien, John, 162, 263
 O'Casey, Sean, 208
 O'Hara, John, 155
 O'Neill, Eugene (hijo), 12, 141, 142
 O'Neill, Eugene, 141
 O'Neill, Oona, 142
 O'Neill, Shane, 142
 O'Toole, Peter, 166, 167, 168, 259
 Ojos de lechuga (personaje de *El Gran Gatsby* de Scott Fitzgerald), 147
 Oliva, Viktor, 178
 Olmo, Harold, 30
 Onetti, Juan Carlos, 64, 124, 126, 149
 Orejudo, Antonio, 218
 Ors, Eugenio D', 68
 Ory, Carlos Edmundo, 95
 Osiris, 21
 Osorio, Guillermo, 84, 86, 94, 263
 Oteiza, Jorge, 133, 134
 Otero, Blas, 96
 Othon, Manuel José, 121
 Outa Napishtim (personaje de la epopeya de Gilgamesh), 24
 Palenque, Marta, 75, 258

- Palomero, Antonio, 77
 Pando, Juan, 165
 Panero, Juan Luis, 119
 Panero, Leopoldo María, 93, 96, 119, 204
 Pantagruel (personaje literario de Rabelais), 46, 173
 Páramo, Pedro (personaje de la novela homónima de Juan Rulfo), 124
 Pardo, Jesús, 67, 202, 207, 263
 Parker, Dorothy, 138, 147
 Pascual, Francisco, 237, 238
 Paso, Manuel, 73, 77, 216
 Patton, Nelse, 148
 Pauli, Herta, 189
 Pavese, Cesare, 68, 100
 Paz, Octavio, 118
 Peck, Gregory, 39
 Peckinpah, Sam, 167
 Pedro el Grande (zar de Rusia), 235
 Peele, Stanton, 18, 258
 Pepe (tabenero), 224
 Peraile, Mariano, 84
 Pérez Creus, Juan, 84
 Perojo, Benito, 251
 Periandro, 14
 Pessarrodona, Marta, 99
 Pessoa, Fernando, 185
 Phoenix, Joaquin, 17
 Picasso (Pablo Ruiz Picasso), 134, 178
 Pickford, Mary, 168
 Pilch, Jerzy, 192, 263
 Piquer, Conchita, 251
 Piscator, Erwin, 181
 Pla, Josep, 75
 Plath, Silvia, 100
 Platón, 13
 Plinio, 32
 Poe, Edgar Allan, 12, 58
 Polavieja, General (V. García Polavieja, Camilo), 241
 Polifemo, 27
 Popeye (personaje de Santuario de William Faulkner), 67
 Porter, Katherine Ann, 144, 154
 Porter, William Sidney (V. O. Henry), 131
 Pound, Ezra, 200
 Povedano, Mariano, 84
 Praz, Mario, 197
 Procleo, 14
 Proust, Marcel, 68
 Puig Antich, Salvador, 209
 Pulitzer, Premio, 12, 58, 141, 142, 145, 149, 211
 Putin, Vladimir, 238
 Quevedo, Francisco de, 47, 49, 51, 171, 191
 Quintana, Ana Rosa, 86
 Quintanilla, Luis, 63
 Quiñones, Fernando, 106
 Quiomara (tabernera), 225
 Rabelais, François, 45, 46, 173
 Rafaelli, Jean-François, 178
 Ramos, Pablo, 128, 263
 Rappe, Virginia, 166
 Reed, James A., 247
 Reed, Oliver, 167, 259
 Reichholf, Josef H., 20, 21, 258

- Reina, Manuel, 72, 74
 Rejano, Juan, 89, 95
 Retana, Álvaro, 71
 Reyes, Alfonso, 144
 Ribeyro, Julio Ramón, 59, 127, 263
 Riera, Carmen, 98
 Rimbaud, Arthur, 61, 62, 177, 178
 Ríos Carratalá, Juan Antonio, 86
 Ritz, César, 248
 Ryder, Winona, 168
 Roca, Julio Argentino (general), 26
 Rodríguez (criado de Mariano de Cavia), 22, 23
 Rodríguez, Claudio, 64, 98, 263
 Rogier, Camille, 175
 Romero y Flores (personaje de El chulla Romero y Flores de Jorge Icaza), 129
 Romero, Luis, 229, 230, 259
 Rooney, Mickey, 167
 Rops, Felicien, 178
 Ros, Félix, 96
 Rosa, Nuria de la, 137
 Rosales, Luis, 92, 93
 Rostopchine, Sophie, condesa de Ségur, 213
 Roth, Friedl, 179
 Roth, Joseph, 100, 102, 178, 179
 Rourke, Mickey, 167
 Rousseau, Jean-Jacques, 174
 Royo Villanova, Ricardo, 77
 Rueda, Salvador, 117
 Ruelas, Julio, 122
 Ruiz Iriarte, Víctor, 205
 Rulfo, Juan, 123
 Rusiñol, Santiago, 75
 Sacks, Oliver, 210
 Sade (Alphonse-Donatien, Marqués de), 174
 Sagarra, Joan de, 99
 Sahagún, Carlos, 84
 Sainz de Robles, Federico Carlos, 96
 Salvatierra, Fernando (personaje de *La bodega* de Blasco Ibáñez), 250
 Salvochea, Fermín, 250
 Samblancat, Ángel, 251
 Sempere, José, 135
 San Juan de la Cruz, 202
 San Pablo, 25, 38, 235
 San Patricio (patrón de Irlanda), 166
 Sánchez Dragó, Fernando, 133
 Sánchez Ruiz, Antonio, 77
 Sánchez Salas, Bernardo, 166, 259
 Sánchez, Antonio, 230
 Sánchez, Francisca, 116
 Sancho Panza (personaje literario), 46, 47
 Santas, Adelaida de las, 94
 Sanz, Roberto, 227
 Sassone, Felipe, 78, 254
 Sauer, Franta, 181
 Sawa, Alejandro, 74, 76, 77, 178
 Schoenberger, Nancy, 211
 Schubert, Franz, 65
 Schwarzenbach, Annemarie, 154
 Schwejk (personaje de Aventuras del valeroso soldado Schwejk de Varoslav Hasek), 181

- Ségur, condesa de (V. Rostopchine, Sofía), 213
- Ségur, Louis-Philippe, conde de, 213, 214
- Sem (personaje bíblico), 24
- Sender, Ramón José, 159, 200, 203
- Shakespeare, 194, 195, 197, 205
- Shaw, Bernard, 208
- Sillenspää, Franz, 188, 189
- Silverman, Kenneth, 58
- Simenon, George, 165
- Simpson, Homer (personaje de la serie televisiva *Los Simpson*), 237
- Sinatra, Frank, 166
- Singer, Isaac Bashevis, 12
- Siqueiros, David Alfaro, 144
- Smarzowski, Wojciech, 172
- Sócrates, 13
- Spencer, Bud, 161
- Spugen, Nancy, 131
- Stalin, Josef, 191, 218, 238
- Starkie, Walter, 203, 204
- Steele, Bruce, 131
- Steele, Daniell, 87
- Stein, Gertrude, 145
- Stein, Sadie, 154
- Steinbeck, John, 12
- Strindberg, August, 141
- Suárez Blanco, Germán, 247, 259
- Summers, Manuel, 150
- Tablada, José Juan, 121, 144
- Tácito, 32
- Talbot, Matt, 208
- Tanguy, Ives, 183
- Tarzán (personaje de una serie novelística de Edgar Rice Burroughs), 169, 170
- Taylor, Elizabeth, 17, 154, 166, 167
- Tejero, Juan, 166, 259
- Telushkin, 235
- Teresa (madre), 26
- Thalberg, Irving, 147
- Thomas, Dylan, 59, 64, 131, 193
- Thompson, Hunter S., 152, 159, 160, 161, 263
- Tiberio, 29
- Tiburcio, 227
- Timón, 14
- Timoteo, 25
- Tobías (personaje bíblico), 25
- Toller, Ernst, 179
- Torga, Miguel, 186, 263
- Torres Bodet, Jaime, 144
- Torres del Álamo, Ángel, 217
- Torres Villarroel, Diego, 51
- Torres, Edelberto, 116
- Torres, Mauro, 243, 244, 245, 260
- Toulouse-Lautrec, Henri de, 178
- Tracy, Spencer, 167
- Trakl, Georg, 181, 182
- Trakl, Margarethe, 181
- Trueba, Jonás, 84
- Twain, Mark, 131
- Ulises (personaje de La Odisea de Homero), 27, 28, 197
- Unamuno, Miguel de, 68
- Urbina, Luis Gonzaga, 121
- Valbuena, Antonio de, 63
- Valdés, Jorge, 114

- Valente, José Ángel, 100
 Valenzuela, Jesús Emilio, 121, 122
 Valle, Adriano del, 119
 Valle-Inclán, Ramón María del (Ramón Valle España), 76, 78, 89, 123
 Vallejo, César, 109
 Vallejo-Nágera, Juan Antonio (hijo), 65
 Vallejo-Nágera, Juan Antonio (padre), 65, 260
 Vallina López, Salvador, 89, 90
 Valverde, José María, 99
 Vanek, Karel, 181
 Vargas Llosa, Mario, 127
 Vázquez Montalbán, Manuel, 190, 260
 Vázquez, Sebastián (personaje de *Con el viento solano* de Ignacio Aldecoa), 88
 Vega Armentero, Remigio, 249
 Velázquez, Diego de, 49
 Vélez, Lupe (María Guadalupe Villalobos Vélez), 168
 Verlaine, Paul, 61, 65, 81, 95, 177, 178
 Verneuil, Henri, 172, 189
 Vicent, Manuel, 105
 Vicious, Sed, 131
 Vidal y Planas, Alfonso, 71
 Vidal, Gore, 131, 138
 Vilanova, Arnaldo de, 34
 Villalta, Nicanor, 150
 Villar Raso, Manuel, 143
 Villaurrutia, Xavier, 144
 Villon, François, 45
 Virgen María, 202
 Virginia (prima de E. A. Poe), 58
 Voltaire, (François-Marie Arouet), 139, 174, 195
 Warhol, Andy, 132
 Warren, Nicole (personaje literario de *Suave es la noche* de Scott Fitzgerald), 67
 Weissmuller, Johnny, 169
 Welsh, Irvine, 69
 Westphalen, Jenny von, 246
 Weyler, Valeriano, 241
 White, Steven F., 118
 Whitman, Walt, 142
 Wiesenthal, Mauricio, 38, 248, 260
 Wilde, Billy, 172
 Wilde, Oscar, 87, 178, 183
 Williams, Rose, 156
 Williams, Tennessee, 132, 137, 154, 155, 156
 Wilson, Edmund, 145, 147
 Winters, Shelley, 168
 Wittgenstein, Ludwig, 181
 Wolfe, Tom, 160
 Woolf, Virginia, 189
 Zaforas, José, 227
 Zaitzeff, Serge I., 121
 Zamacois, Eduardo, 241
 Zappa, Frank, 132
 Zborowski, Léopold, 184
 Zelaya, José Santos, 116
 Zola, Émile, 184, 217, 249, 250
 Zonca, Erick, 172